

ENERO **3** FEBRERO 1978

TEORIA Y POLITICA

Publicación Del Comité Central Del Partido Comunista Revolucionario

ADVERTENCIA

Los materiales del presente número estuvieron preparados para su impresión en junio de 1969, excepto el artículo " Preparar la insurrección", de Mariano Martín, y la crítica bibliográfica firmada por Pablo Sánchez. El proceso de discusión preparatorio del primer congreso del PCR exigió la publicación de 17 números de un boletín interno, preparatorio. Con este motivo la dirección del partido acordó suspender la publicación de Teoría y Política mientras no existieran mejores posibilidades para su edición y difusión, ya que en dicho período se hubiera superpuesto - prácticamente - la revista con el boletín de discusión. Superadas estas circunstancias, hemos creído conveniente reiniciar nuestras ediciones con los artículos que van en el presente número, que aunque en su casi totalidad han sido redactados con mucha antelación, pueden resultar útiles.

Con la ayuda de los lectores, nos comprometemos a regularizar las ediciones futuras de nuestra revista.

La Dirección.

INFORME SOBRE CORDOBA

andres marin
sergio andes

Lo que piensa la burguesía sobre los sucesos ocurridos en Córdoba entre el 29 y 30 de mayo: "Puede decirse que la Argentina no había sufrido hasta ahora una afrenta subversiva tan honda". Editorial de La Prensa del 7-6-59.

El por qué de tal pensamiento:
"Una mujer de la empresa Xerox se acercó a los incendiarios y les dijo: ¿Qué les hicimos nosotros? Por qué todo esto? El que parecía ser el líder contestó: "Usted particularmente nada, ustedes, en conjunto, todo". (Diálogo reflejado en La Nación del 31-5-59.)

1.- Industrialización y lucha de clases

La vieja Córdoba, la Docta, comenzó a transformarse durante los primeros años de la década del cuarenta. Ciudad tradicional, sus actividades económicas constituían prolongaciones de la actividad agropecuaria. Algunas industrias alimentarias, el comercio la burocracia, la Universidad y la pequeña producción artesanal eran las principales fuentes de ocupación.

Hasta 1946 la cúspide del poder en la Provincia estaba formada por un grupo reducido de personas cuyos beneficios provenían de la renta agraria, de las ganancias del gran capital comercial, de los beneficios de los grandes estudios de abogacía y otras profesiones liberales; estas personas tenían nombre; eran los Nores Martínez, los Caballero, los Martínez Paz. En la historia de Córdoba hasta 1946 se registran importantes luchas obreras y populares. Fue la cuna del movimiento reformista de 1913, se desarrollaron importantes huelgas obreras, con eje en los ferroviarios y también movimientos reivindicativos de obreros rurales y campesinos en el sur de la provincia.

Pero toda Córdoba está impregnada por ese paternalismo oligárquico-clerical de las familias "bien": el propio sabattinismo, una corriente del radicalismo de corte populista que surge durante la década del 30 y principios de la del 40, nunca logró desprenderse de la presencia rectora de las clases dominantes.

Los radicales quebraron en 1916 la dominación conservadora, pero éstos volvieron al gobierno en 1921, y salvando el breve gobierno radical de Ceballos (1928-1930) se mantuvieron hasta 1936, año del ascenso a la gobernación de Amadeo Sabattini. El radicalismo una vez más limitó su política a pugnar por ciertas concesiones a favor de intereses de los sectores medios urbanos y rurales; las relaciones de producción quedaron intactas. Los conservadores volvieron al gobierno en

1940 con la intervención federal, y de hecho se mantuvieron hasta 1946, año en que triunfa el peronismo apoyándose en los obreros, empleados y numerosos chacareros.

En 1946 todavía el peso de la clase obrera era débil, pero con la ampliación de la Fábrica Militar de Aviones comenzó a observarse un fenómeno importante: la alta concentración industrial. En ese año, la fábrica mencionada y los talleres ferroviarios concentraban al 43 % de los obreros de la provincia.

Durante el peronismo se fue transformando en una ciudad industrial. En el marco de la industrialización operada durante el gobierno nacionalista-burgués peronista comenzó a recibir importantes capitales estatales y extranjeros. El punto de partida fue el capitalismo de estado, pues durante 1945-1953 se organizó IAME.

En 1953 IAME y los talleres ferroviarios ocupaban al 63,4 % de los obreros de la provincia. Durante 1953-57 se radican dos empresas extranjeras: IKA y FIAT, la primera norteamericana y la segunda italiana. IAME y las dos empresas imperialistas concentraban en 1962 (incluidas las empresas subsidiarias que lógicamente florecen) el 83 % del total de la producción industrial de la provincia. Se produjo un crecimiento notable de las empresas de vehículos y máquinas, ramas que pasan a constituirse en núcleo decisivo de la estructura industrial cordobesa y actúan como determinantes del desarrollo económico global de la provincia.

El proceso de industrialización incrementó notablemente el número de asalariados, lo que aumentó el alto grado de concentración. La demanda de mano de obra se satisface principalmente por tres vías: a) por la absorción de artesanos, especialmente mecánicos, torneros, etc, y la descomposición de otras actividades poco calificadas; b) por la incorporación de la mujer a la producción; c) por el desplazamiento de parte de la población rural y de pequeñas ciudades hacia la capital. Entre 1947-60 la población de la capital aumentó en un 52 %, mientras la población de la provincia sólo aumentó durante el mismo período en un 17,5 %.

Al mismo tiempo estas industrias tienen una alta composición orgánica de capital lo que exige personal calificado: se produce entonces, por un lado, un aumento de la enseñanza técnica y por otro un pasaje de obreros especializados en IAME a Kaiser y FIAT alentados por mejores salarios.

En su conjunto, la clase obrera cordobesa aumenta considerablemente, en gran medida porque el crecimiento urbano aumenta la demanda de artículos de consumo no durables. En 1964 el total de los obreros industriales sumaba 64.214 personas y los empleados en industrias sumaban 24.000. En 1967, la presencia de las grandes industrias era aún más decisiva, pues DINFLA (ex IAME) concentraba 7.000, IKA 9.000 y FIAT 4.000 a los que hay que agregar otras concentraciones proletarias importantes como los talleres ferroviarios, luz y fuerza y otras.

Como hemos visto, el desarrollo industrial se produce centralmente en la ciudad de Córdoba: en 1965 el 90 % de la producción de las industrias de vehículos y maquinarias se instala en los alrededores de la capital. La ciudad crece y con ella las actividades comerciales, financieras y servicios, etc. Sólo el comercio mayorista y minorista emplea a más de 30.000 personas en 1964.

También crece el número de personas que recibe educación superior: si en 1960 los estudiantes universitarios eran 16.000, en 1965 se han duplicado.

Un hecho de gran significación, necesario para comprender los sucesos de ma-

El mayor logro de este año es que el proceso de expansión de la capital se va conformando sobre la base de una gran cantidad de barrios proletarios que prácticamente rodean el casco céntrico de la ciudad. En 1960, sobre 1.753.840 habitantes en la provincia, el 68,2 % vivían en ciudades; este porcentaje llega al 75 % en 1965. La capital, que en 1960 contaba con 586.015 habitantes ha aumentado en este año a más de 750.000.

El desarrollo industrial se ha dado junto a un mayor desarrollo capitalista en el campo: se calcula la existencia de 50.000 explotaciones agropecuarias en 1965, de las cuales el 50 % eran arrendamientos y el 70 % correspondían a productores medianos y pequeños (unas 35.000 explotaciones). Los obreros rurales sumaban (junto a semiproletarios) 10.000 personas. Si bien se ha producido un importante crecimiento de los cultivos industriales, dando mayor peso a la burguesía rural media, el peso del latifundio sigue siendo decisivo: en 1965 el 2,7 % de las explotaciones (aproximadamente 1.400 latifundistas) poseen el 50 % de las tierras cultivables de la provincia.

La modificación de la estructura económica de la provincia se expresó en la "cúspide" de poder: los Martínez Paz y los Nores Martínez no habían dejado de existir, al contrario, su poder estaba intacto, pero para mantenerse en la cúspide debieron vincularse cada vez más con industriales, comerciantes enriquecidos y financieros. La burguesía era ahora menos culta pero muchísimo más rica y, naturalmente, campeaban en su seno los altos funcionarios de las empresas imperialistas.

Pero, así como habían cambiado los de "arriba" también lo habían hecho los de abajo: en efecto, el desarrollo capitalista había extendido notablemente el número de asalariados, con una clara preeminencia de aquellos con un alto grado de concentración. Los de "abajo" comenzaron a hacer huelgas, especialmente después de la caída del peronismo, y durante 1961-1966 el proletariado de Córdoba comenzó a tener mayor importancia en las huelgas nacionales. Especialmente en 1964, durante el Plan de Lucha de la C.G.T., fueron ocupadas las principales plantas y cientos de obreros de Kaiser combatieron con la policía en las calles.

La cultura de la ciudad comenzó ahora a recibir la influencia de las acciones de estos obreros que marchaban en masa a la calle y cuyas alianzas con los estudiantes eran cada día más frecuentes. La dirección efectiva del movimiento obrero estuvo siempre en manos del peronismo. De allí que las acciones obreras no superasen las alternativas burguesas y gelpistas de los líderes sindicales, pero potencialmente existían condiciones para que esos obreros, con un alto grado de concentración, rebalsasen las directivas conciliadoras y reformistas de las direcciones sindicales.

En 1966, los obreros cordobeses, ilusionados por la CGT y por Perón, apoyaron con esperanza el golpe de estado. También una parte de los estudiantes, influenciados por el integralismo, ante el fracaso del gobierno liberal-burgués radical, creyó que quizás se abriese con el golpe, una perspectiva "populista". Pero a poco de andar todas estas ilusiones serían destruidas por la triste realidad: ya en setiembre de 1966 los estudiantes cordobeses libraron la batalla estudiantil más significativa contra la intervención a las Universidades, lucha que adquirió formas violentas, especialmente en el barrio Clínicas. Los obreros fueron influenciados por esta lucha, fenómeno que se reforzó por la política de superexplotación de la clase obrera que siguió la dictadura. Al mismo tiempo el propio proceso de industrialización había permitido establecer vínculos entre estudiantes y obreros a través de la incorporación de profesionales y técnicos a las

empresas, muchos de los cuales profesaban ideas de izquierda. Esto permitía a su vez un traslado más directo, más vivo, de las experiencias y de los objetivos programáticos de los estudiantes, ayudando a los obreros a valorar mejor el papel de las luchas universitarias.

2.- Proceso hacia el enfrentamiento de clases

El 13 de mayo de este año el gobierno aprobó la ley 18.204: se liquidó así una vieja conquista del movimiento obrero del interior, obligándolo a trabajar cuatro horas más por semana por el mismo salario. Pero, esta nueva ley patronal no es aplicada por la dictadura en sus momentos de esplendor, cuando el pueblo veía atónito cómo se desarrollaba la ofensiva monopolista sin saber cómo resistir. Tampoco eran los momentos más felices para los participacionistas y dialoguistas, para los Gorla y los Vandor: mucha agua había pasado debajo del puente, había habido muchas luchas traicionadas y muchas ansias de luchar se habían acumulado en la clase obrera.

Como hemos visto, cuando se produjo el golpe de estado en 1966, la mayoría del pueblo fue confundida inicialmente por el apoyo que dieron a Onganía, Perón y los dirigentes sindicales. La ideología burguesa y reformista del peronismo que ha calado hondo entre los trabajadores permitió la maniobra de acoplamiento del peronismo al golpe: la oligarquía burguesa-terrateniente emprendió así el camino de reordenar la economía y la superestructura de la sociedad argentina para impulsar el desarrollo capitalista-dependiente sobre la base de una creciente monopolización de la economía y la adecuación de distintas instituciones a tal fin. Los obreros y vastos sectores de las capas medias esperaron ilusionados el fin de la inflación y el aumento de la capacidad adquisitiva de los salarios.

Pero, durante tres años, lo que realmente se efectivizó fue una política antiobrera y antipopular. Como siempre ocurre la clase obrera fue obligada por las condiciones objetivas imperantes a comenzar un penoso camino de enfrentamiento a la dictadura. Principalmente, los estudiantes encabezados por la FEA, desplegaron las luchas antidictatoriales mientras cuadros sindicales comunistas, del peronismo de izquierda y otros, trabajaban desde el movimiento obrero para impulsar las luchas obreras. Las primeras luchas obreras en 1966 (portuarios y ferroviarios) fueron abiertamente traicionadas por las direcciones sindicales y este fenómeno signó toda la dirección del movimiento obrero durante tres años. Surgió la CGT de Paseo Colón, producto de varios factores analizados por nuestro partido en su Declaración sobre el Congreso de la CGT del 4-4-68, pero también en ésta predominó la concepción reformista de la lucha obrera, concepción que empalma perfectamente con las maniobras de la oposición burguesa a la dictadura. Nuestro partido, fuerza todavía pequeña, guiado por su línea estratégica de abrir el cauce a una revolución de liberación social y nacional profunda, con tareas anticapitalistas y en marcha al socialismo fue trabajando para impulsar a las luchas obreras y populares y creando una alternativa verdaderamente popular y revolucionaria.

Al reseñar la línea e interpretación de los hechos, surgida de la elaboración de nuestro PCR, queremos marcar cómo fue elaborándose otra política, a partir del marxismo revolucionario y de una perspectiva proletaria. No queremos en manera alguna exagerar cuantitativamente el peso, la influencia o el arraigo de nuestro partido. Sabemos que, nacionalmente, es una fuerza incipiente, y que en Cór-

daba en particular fue aún más débil que en el resto del país. Pero la pequeñez no impide que una línea que va elaborándose pueda perfilarse entre las masas como algo digno de ser tenido en cuenta cuando hay grandes tensiones sociales. Tampoco ignoramos que una línea en proceso de elaboración es difícil de ser manejada por el conjunto de los miembros del partido, cosa que también sucedió.

De allí que si bien el centro del ataque estaba dirigido a la dictadura y su política reaccionaria, abrir una alternativa revolucionaria significaba combatir simultáneamente a fondo contra la política de los dirigentes colaboracionistas, desenmascarando a fondo el carácter de clase de la oposición burguesa y abriendo un camino propio para el proletariado y una corriente clasista en el movimiento obrero. Participamos en la CGT de Paseo Colón con vistas a impulsar la unidad de acción de la clase obrera pero simultáneamente combatimos el nacionalismo y el reformismo pequeño burgués de su dirección, combate ideológico y político, es decir, combate que implicaba luchar por el socialismo y por el arraigo de nuestro partido y una corriente clasista en la clase obrera.

Las contradicciones sociales se fueron acumulando: lo peculiar de la situación nacional reside y reside en que, por un lado, la dictadura no puede abandonar lo esencial del plan de monopolización y entrega a los monopolios extranjeros, y por otro, los obreros e importantes capas populares no podían aceptar justamente lo esencial de ese programa antipopular. También capas burguesas no monopolistas se vieron afectadas por la política de la dictadura, y como hemos visto, forcejeaban desde la oposición burguesa, con serios vínculos con la dirección de Paseo Colón. Estos rasgos permitieron afirmar a nuestro Partido en noviembre de 1968, que existía un "polvorín" potencial en las masas.

Poco a poco, el movimiento espontáneo de la clase fue desarrollando huelgas parciales, cuya mayor expresión fue la huelga petrolera en 1968. Crecientemente también, este movimiento espontáneo se fue transformando en distintas formas de resistencia hasta culminar con las primeras huelgas aisladas contra la dictadura. El problema reside en precisar, o por lo menos en aproximarse al contenido de esa espontaneidad: es evidente que nuestra clase obrera tiene experiencias de luchas victoriosas, aunque éstas se hayan desarrollado en el plano puramente económico, está organizada y despuntan en su seno cuadros sindicales que buscan un camino revolucionario. En la ideología de nuestra clase hay un núcleo reaccionario que hay que desarraigar, se trata de las ideas sobre la conciliación de clases, sobre la posibilidad de "humanizar el capitalismo", sobre la necesidad de reducir la lucha obrera a las prácticas sindicales y reformistas. Tal núcleo de ideas resulta de la influencia de la burguesía sobre el movimiento obrero, en especial del peronismo. Pero sería simplista reducir la ideología de la clase sólo a este aspecto: el capitalismo está presente todos los días en la vida del obrero, lo empuja a adoptar espontáneamente ideas clasistas, lo empuja a comprobar la traición de los burócratas y agentes de la burguesía en el movimiento obrero. Nunca, en los últimos años, se fue produciendo en el interior de la clase obrera una necesidad tal de enfrentarse abiertamente a la patronal como en estos años del gobierno de Onganía. Nunca resultó tan claro, tan evidente para los obreros que este gobierno, inicialmente "bien visto" por los propios obreros era en realidad la expresión más cruda de la explotación capitalista, su instrumento. Y esto ocurre cuando los obreros reciben también la influencia del socialismo en el mundo, en Cuba, en Vietnam.

En estas condiciones comenzó a operar sobre la clase nuestro partido. Inicia-

mos la elaboración de una línea revolucionaria y comenzamos a llevarla a la práctica; a orientarnos en el sentido de promover la resistencia activa de los obreros a la política dictatorial. Sobre esta base, y guiados por el objetivo fundamental de ganar a la parte más avanzada de la clase obrera para el socialismo y el comunismo, logramos incidir en varios conflictos obreros. Pero, nuestras fuerzas estaban todavía muy por debajo de las necesidades de una práctica política revolucionaria para la clase.

La clase obrera se fue abriendo camino en condiciones difíciles: por una parte, cada enfrentamiento significaba claramente un enfrentamiento político con la dictadura. No había margen para el enfrentamiento sólo con los patronos: el Estado acudía prontamente en defensa de la burguesía a través de distintos medios de coerción y represión. Al mismo tiempo, la mayoría de los dirigentes sindicales, entregados a la dictadura por su ideología e intereses materiales, abandonaban a la clase obrera y la dejaban librada a su propia suerte. Se fueron acumulando tensiones en el seno de la clase, fueron emergiendo nuevas camadas de cuadros sindicales que buscaban un camino para la lucha, proceso duro, complejo. Simultáneamente, se construía la vanguardia, nuestro partido. En esa situación, una nueva alternativa para los obreros como fue y es todavía la CGT de Paseo Colón, logró convertirse en polo de atracción para los obreros, pese a los vínculos que la mayoría de su dirección mantiene con la oposición burguesa. Muchos obreros vieron allí, por lo menos, un camino de lucha, pero las propias exigencias de la lucha obrera superaban el marco "agitativista" de las direcciones sindicales de la CGT "opositora". Por eso, no sería la CGT de Paseo Colón la que empujaría el movimiento espontáneo de los trabajadores hacia las jornadas de mayo y junio: el detonante vendría de parte de los estudiantes que, arremetiendo contra el Estado opresor abrirían una válvula al "no pasa nada", facilitando el camino a un nuevo auge de la lucha de clases en todo el país. Es que lo que los obreros ponían en discusión no era simplemente una u otra dirección sindical, era cómo enfrentar a este Estado, fiel guardián de los intereses privados del gran capital nacional y extranjero. La oleada estudiantil fue por eso el preludio de la gran oleada obrera, oleada en la cual participaron importantes contingentes de las capas medias urbanas, y que tuvo su expresión superior en Córdoba.

Cuando se aprobó la ley 18.204, los obreros cordobeses no esperaron a que las maniobras por arriba de Vandor hicieran retroceder a la dictadura. Los obreros ya habían comprobado en distintas huelgas que tales maniobras eran ineficaces. También los obreros cordobeses habían comprobado en distintas huelgas durante los años 1967 y 1968, que sólo la acción callejera y la lucha podían hacer retroceder al enemigo de clase.

El día 14 de Mayo a las 15 horas, los obreros de Kaiser abandonaron el trabajo para concurrir a una asamblea de SMATA en Córdoba Sport Club. La policía del gobernador Caballero prohibió el acto, pero los obreros no acataron la orden. Piquetes del cuerpo de infantería y del cuerpo de caballería rodearon el Club. Pero los obreros entraron a pesar de todo. En la asamblea, el vandorista Elpidio Torres llamó a resistir la medida del gobernador, pero haciendo el centro en que el responsable era el ministro de Economía, y que por lo tanto había que presionar para que el gobierno realizara la "auténtica revolución nacional". Los obreros recogieron de la arenga de Torres sólo el llamado a resistir y lo entendieron "a su manera": salieron del club y comenzaron a combatir con la policía en el centro de la ciudad. La policía tiró gases, disparó contra los manifestantes y detuvo a 20 obreros. Este hecho fue el primer detonante en una

7.

situación explosiva y generó una indignación colectiva en la clase obrera, los estudiantes y amplios sectores de las capas medias. La dirección de SMATA no tuvo otro camino que lanzar un paro general de 43 horas. Ese mismo día, mientras los obreros luchaban en las calles, los estudiantes de Corrientes luchaban contra la privatización del comedor. También allí la policía reprimió con violencia, asesinando al estudiante Cabral. Esta lucha de Corrientes sería el comienzo de una lucha de masas de los estudiantes contra la dictadura, que abriría una importante brecha para la lucha de clases en el país, facilitando la inserción del movimiento obrero argentino en el proceso de luchas populares. De allí que, si bien la lucha estudiantil sola, por su naturaleza no podría determinar un cambio cualitativo en la correlación de clases en el país, sin embargo sería el detonante para un proceso de lucha de clases generalizada que alcanzó una gran magnitud, porque la clase obrera argentina estaba dispuesta a mantener un combate abierto contra la dictadura, rompiendo las maniobras frenadoras del azopardismo.

El día 16 se realiza el paro general obrero en Córdoba: éste había sido resuelto en conjunto por ambas centrales obreras, la de Paseo Colón y la de Azopardo. Como es sabido, en 1968, la CGT cordobesa se escindió y 32 sindicatos encabezados por Luz y Fuerza formaron la CGT regional adherida a la central "de los Argentinos". Por otro lado, 17 sindicatos predominantemente pequeños, quedaron adheridos a Azopardo. SMATA, si bien estaba enrolada en la línea vandorista, se mantuvo neutral, táctica posiblemente acordada con el mismo Vándor, dada la repulsa creciente de los obreros metalúrgicos a la maniobra de los azopardistas y su creciente simpatía por la CGT de Paseo Colón.

Ahora, el estado de ánimo de los obreros, su disposición para la lucha, eran los factores que obligaban a la unidad de acción de ambas centrales obreras. Hubo también inclinación al paro con actitud combativa por parte del sindicato de Luz y Fuerza, cuyo dirigente es Tosco. También, aunque en menor escala, nuestro partido hizo una propaganda bastante significativa, pese a su debilidad orgánica, en pos del paro obrero.

El paro del día 16 no fue sólo obrero: participaron también los estudiantes, en aquellos días dirigidos por la alianza populista del Integralismo, el FEN, Franja Morada y otros grupos menores. Fué significativo el paro del comercio y prácticamente no hubo actividad durante la jornada. Naturalmente, las consignas movilizadoras dadas por la Coordinadora sindical no ofrecían ninguna alternativa política revolucionaria a los obreros, y no superaban el tono antidictatorial y populista de la CGT de Paseo Colón.

Durante el paro se produjo otro hecho importante, que muestra el grado del conflicto entre el pueblo cordobés y la dictadura, personificada en Córdoba por el oligarca Caballero: cesan las actividades de la Universidad Católica y varios sacerdotes apoyan activamente el paro.

El éxito obtenido alentó aún más a los obreros y cuadros sindicales combativos ubicados especialmente en Luz y Fuerza: se comenzó a impulsar un nuevo paro general para el día 30, exigencia que se extendió a todo el país. El llamado de la Coordinadora Cordobesa empalmó con similar exigencia de los sindicatos de Rosario respecto a un paro nacional. Al mismo tiempo, el éxito del paro del 16 y la creciente cohesión obrero-estudiantil también actuó sobre la universidad: comenzaron a realizarse asambleas diarias en el Comedor Universitario, que culminaron durante los días 16-29 en asambleas multitudinarias en Medicina, Derecho, Arquitectura, Ciencias Económicas, Artes y UTE. Algo nuevo surgía en el movimiento estudiantil cordobés: la exigencia de pasar a la acción, la exigencia de que la organización

de la lucha se basase en la democracia directa, y junto a esto, un preciso pero creciente repudio a la línea populista de la Coordinadora estudiantil y un comienzo de formulación de una línea de izquierda y revolucionaria. Este proceso en el movimiento estudiantil revolucionó a la Universidad y el rector Nores Martínez se vio obligado a dar asueto universitario durante los días 26-27. Junto con la asamblea obrera de SMATA del día 15, este fenómeno estudiantil constituye el otro elemento detonante en la situación cordobesa, y su papel tuvo una gran importancia pues mantuvo el clima político en permanente tensión mientras se preparaba el paro general del día 30.

Varios sacerdotes postconciliares, encabezados por Milan Viscovich, organizaron el día 19 una misa en repudio a los asesinatos de estudiantes. A esta misa acompañó, naturalmente, la Coordinadora estudiantil, interesada en forjar una sólida alianza populista. Como siempre ocurre actualmente, cada misa realizada para protestar contra las "injusticias sociales del sistema capitalista liberal" termina en un enfrentamiento con la policía, y así ocurrió pues ese día cientos de estudiantes se enfrentaron con la policía en la intersección de las Avenidas Colón y General Paz.

La agitación continuó profundizándose en las filas católicas: el día 21 los estudiantes de la Universidad Católica aprueban un paro de 48 horas en repudio a la represión policial en Corrientes y en Rosario y otras ciudades del país y envían un telegrama a Borda que se afanaba por explicar que "todo era obra de los extremistas". El telegrama decía: "No conformistas decidimos paro 48 horas. Ni extremistas ni agitadores. Sólo 3.000 estudiantes de la Universidad Católica adoptan compromiso activo por liberación". Paradojicamente, mientras los sucesos se desarrollaban en la línea de la lucha y la violencia popular, ese mismo día sesionaba en Mar del Plata el Congreso Metalúrgico, cerrándolo Augusto Vandor, que reafirmaba sus clásicos ataques al plan económico de Krieger Vasena, puro verbalismo, pero ni mencionaba una sola medida de lucha para enfrentar a la dictadura.

El día 22, el gobierno decreta a Rosario zona de emergencia, con el fin de impedir que la huelga obrero-estudiantil eleve la violencia popular contra el régimen a un grado superior al del día 17. Por medio de la violencia contrarrevolucionaria el gobierno trata de poner fin al proceso que, iniciándose en luchas reivindicativas de estudiantes y obreros, se ha ido transformando en un movimiento de resistencia a la dictadura en los principales centros urbanos del interior del país. En Córdoba, el arzobispo Primatesta acude a colaborar con los objetivos del gobierno y llama a "mantener la paz y la concordia". Como es lógico critica la situación social y universitaria, pero esto es sólo lo demagógico, lo esencial reside en que llama a todos a mantenerse tranquilos. También la burguesía se moviliza a través de sus organizaciones corporativas. El día 23 se publican dos solicitudes en diarios de Córdoba y Buenos Aires: una del llamado Centro Comercial y otro de la Cámara de Industrias Metalúrgicas exigiendo al gobierno adoptar "medidas severas para proteger la propiedad privada".

El gobierno trata desesperadamente de lograr un acuerdo con los azopardoístas para impedir el paro obrero: las concesiones y las amenazas se suceden, pero tanto los dialoguistas como los participacionistas están atrapados por la tremenda presión obrero-estudiantil-popular. El paro nacional es un hecho.

El día 24 el gobierno nacional distribuye, a través del CONARE, una amplia declaración tendiente a lograr que las capas medias se aislen del movimiento haciendo pie en el "peligro comunista". La declaración dice en uno de sus párrafos: "La finalidad de los sucesos de Rosario era la de crear el desorden y el caos".

fomanta
tadros
ganiza
excepto
diarios
durant
tendie
libert
secon
delega
se des
nal".
dictad
y la
ciudad
dos ha
mento
los es

Lo
se man
acto e
lentam
nal be
te mar
lucha
que an
nes se
cuyos
oar a
tiener
utilia

e Me
el día
a la
frenar
pasiva
ferma
ATE,
señ l
presi

L
milit
jetiv
conci
monop
día 2
de IK
bejad
falt
tes

fomentar la intranquilidad en el país. Así fue resuelto por los extremistas y agitadores que pocos días antes arribaron a la ciudad santafecina y comenzaron a organizar el operativo caos". La explicación es demasiado absurda: nadie cree en ella excepto la Cámara de Comercio y la U.I.A. que también sacan solicitudes en los diarios exigiendo la represión. La oposición burguesa comienza a "movilizarse": durante la semana anterior al paro general distintos partidos emiten declaraciones tendientes a capitalizar el movimiento. La UCRP exige que el gobierno respete las libertades públicas y llame a elecciones so pena de generar una revolución de "consecuencias imprevisibles". Con el mismo tono hablan los peronistas a través de su delegado Paladino, aunque éste hace hincapié en la necesidad de que el gobierno se desprenda del equipo económico y avance hacia la "auténtica revolución nacional". Paladino todavía se mueve con la orden de Perón de buscar un acuerdo con la dictadura. Hasta los conservadores se sientan con derecho a representar al pueblo y la vetusta FTEPC emite una declaración exigiendo la "vigencia de las libertades ciudadanas" y que se castigara a los culpables de la represión indiscriminada. Todos han aparecido en escena, nadie quiere dejar de sentar su posición en este momento. Pero, en Córdoba, los verdaderos promotores de la acción son los obreros, los estudiantes, los empleados.

Los hechos no siguen el curso deseado por los dirigentes burgueses, aunque se mantienen dentro del marco de la oposición burguesa. El día 23 se realiza un acto estudiantil en la CGT de los Argentinos y se organiza una manifestación, violentamente reprimida por la policía: los estudiantes se repliegan en el tradicional barrio Clínicas y logran mantener liberadas durante toda la noche más de veinte manzanas, impidiendo la entrada de la policía por medio de diversas formas de lucha. Se forman barricadas, se corta la luz, en los techos se apostan estudiantes que arrojan piedras y molotovs a las fuerzas policiales. Para coordinar sus acciones se sirven de los instrumentos más inverosímiles, como los famosos tambores, cuyos sonidos permiten enviar mensajes, pedir abastecimiento de "armas", identificar a las personas que entran al barrio, etc. Nuevamente los obreros perciben que tienen a su lado a los estudiantes y las formas de defensa del barrio Clínicas se utilizan en otros barrios proletarios durante los días 29 y 30.

Mientras tanto continúa la agitación en las principales empresas. Por un lado el dirigente Fosco en la reunión de la CGT de Paseo Colón el día 26 llama a salir a la calle el día 29 a las 11 horas para garantizar las manifestaciones obreras y frenar el intento de los vendedores de mantener el paro del día 30 dentro de la pasividad. Por otro lado, en algunas empresas donde las direcciones sindicales permanecen al margen de las movilizaciones, o donde, como en DINFLA, la filial de ATE, nada se hace para organizar a los obreros, surgen cuadros obreros que impulsan la movilización del día 29. Nuestro partido llama a formar "comandos anti-represivos" para garantizar el accionar obrero en las calles.

Los militantes clasistas desplegaron el debate en las empresas. Además, los militantes universitarios de diversas tendencias se dirigen a las empresas: el objetivo es garantizar un amplio debate político entre los obreros para elevar su conciencia política, para lograr que lo antidictatorial logre un contenido anti-monopolista y anticapitalista y que los obreros se organicen por abajo. Así, el día 23, los estudiantes junto a la agrupación 1º de mayo se dirigen a las puertas de IKA donde, respondiendo al llamado estudiantil se concentran más de 3.000 trabajadores que exigen al delegado sindical que deje hablar a los estudiantes. La falta de audacia por nuestra parte hace que los únicos oradores sean los dirigentes de SMATA y los Integralistas.

El paro nacional en Córdoba se preparaba con amplia participación de masas

proletarias y no proletarias: el ascenso de las masas era incontenible, los huelguistas se disponían a realizar el paro, teniendo como eje las consignas antidi-toriales. La hegemonía ideológica estaba en ese momento en manos de las corrientes reformistas del movimiento obrero organizadas en la CGT de Paseo Colón. Pero, como suele suceder en la historia, la movilización de las masas dejaría muy atrás a los dirigentes, inclusive a aquellos que como Tosco habían tenido una posición combati-va aunque de tono nacional-populista. La historia argentina tiene un precedente: la gran huelga general de enero de 1919, la "Semana Trágica", huelga en la cual el accionar de la masa se canalizó hacia posturas violentas y clasistas influenciada por la revolución rusa y los movimientos revolucionarios europeos, lo que fue capitalizado principalmente por los anarquistas. Los sindicalistas y los socialis-tas no atinaron sino a buscar la negociación con el gobierno, sin embargo los obre-ros siguieron a los utópicos anarquistas durante casi una semana dando la espalda a los conciliadores. Aquí en Córdoba, naturalmente, no hubo anarquistas, tampoco los obreros son los mismos. Pero sí existió una lucha clasista, y hubo quienes quisieron avanzar en el proceso de la lucha y quienes desesperadamente quisieron, aunque tarde, frenar el movimiento.

Es que la huelga había adquirido un claro contenido político: su eje era el enfrentamiento antidictatorial. Aunque no se había logrado que los obreros hicie-sen suya una alternativa de poder popular y revolucionaria, el día 29 la dialéctica de la lucha demostraría que la formulación de que "esta es la hora del proleta-riado" no es sólo teórica.

3. - 29 y 30 de Mayo: la gran explosión

El día 29 de mayo a las 11 horas los obreros se dispusieron a salir y dirigir-se a las calles céntricas de Córdoba, tal como lo había dispuesto la Coordinadora de ambas CGT. La dictadura, conciente de que la huelga general podía transformarse en lucha violenta en las calles amenazó con reprimir a los manifestantes. Un día antes, el gobernador Caballero, luego de entrevistar a Onganía manifestó a la prensa: "se evitará la violencia a cualquier costo". Ese mismo día el jefe de po-licia advirtió también que reprimiría "toda tentativa de alterar el orden con firmeza y energía", y para justificar el uso de armas por la policía, argumentó que "hay grupos extremistas que tendrían armas en su poder". Por último el Coman-dante del III Cuerpo de Ejército, general Sánchez Lahoz, previendo una posible in-tervención militar, arengó ese mismo día a los soldados pidiéndoles que se mantu-vieran "firmes en busca del mundo tantas veces soñado de grandeza y felicidad".

Desde muy temprano la policía cordobesa, fuertemente pertrechada, se ubicó en la Avenida Vélez Sársfield, desde la calle 27 de abril hasta el boulevard San Juan rodeando al mismo tiempo el local de la CGT de Paseo Colón: el objetivo era claro, impedir a toda costa que las manifestaciones obreras llegasen hasta el centro, es-pecialmente la columna de Káiser, los obreros tradicionalmente más combativos.

A las 11, los obreros de las plantas IKA- Renault, Grandes Motores Perkins, los empleados de EPEC y otros abandonaron el trabajo y se dirigieron hacia la ciudad. La columna principal, la de IKA- Renault, formada por no menos de 3000 o-breros, comenzó a marchar lentamente por la Avenida Vélez Sársfield. Los estudian-tes comenzaron a bajar desde el barrio Clínicas. El punto de contacto establecido era la plaza La Paz.

A las 12, grupos de estudiantes y obreros de EPEC habían ganado ya el centro de la ciudad, pocos momentos después comenzó la lucha con la policía que lanzó ge-

ses, y arremetió con los caballos. Sin embargo todavía no había llegado la columna de los obreros de Káiser.

El grado de combatividad en el casco céntrico de la ciudad era muy elevado: los manifestantes se habían dividido en grupos numerosos, con un alto grado de operatividad, y la policía no podía controlarlos. Los manifestantes formaron barricadas con automóviles, lanzaron molotovs, etc., la policía comenzó a retroceder disparando sus armas, se preparó entonces para dividir en dos a los manifestantes: se trataba de impedir a cualquier costo que los obreros de Káiser se encontrasen con los que ya estaban combatiendo en el centro. Se producen los primeros choques entre la policía y la gran columna: en un segundo choque que ocurrió a las 13 horas cerca de la Terminal de Omnibus, la policía baleó a mansalva, asesinando al obrero Mena. Es la gota que rebasa el vaso. Los miles de obreros de Káiser, a los cuales ya se habían agregado obreros de otras empresas, derrotan a la policía y se produce el encuentro del conjunto de los manifestantes en el centro de la ciudad.

La policía, incapaz de parar a los manifestantes se retira hacia lugares estratégicos y dispara matando a varias personas. Se dirige hacia el Departamento de Policía, Cabildo, Correos y Radios. A las 13 es emitido el Comunicado N° 1 del III Comando del Cuerpo de Ejército: comienza la lenta y trabajosa acción psicológica del ejército contra la población, amenazando con la entrada de las tropas si los manifestantes no se retiran. La gran masa humana se ha hecho hueña del centro de la ciudad, unas cincuenta manzanas; y ya aparecen las primeras acciones barriales en Clínicas y Alto Alberdi. El odio obrero y popular es indescriptible: se incendian edificios de empresas extranjeras, de grandes empresas capitalistas locales y el ministerio de Obras Públicas. Predomina el sentimiento clasista y antiimperialista. Se incendian las empresas más odiadas por representar al capital yanqui como Xerox, se incendia la confitería Oriental, muy frecuentada por la oligarquía cordobesa, una empresa comercial donde tiene intereses Caballero y por último con el asalto al Banco del Interior se produce un hecho extraordinario: la gente destruye y baila sobre los billetes dispersos en la calle. Es la repulsa primitiva pero profunda al sistema capitalista. Se producen concentraciones multitudinarias en los barrios: la agitación se extiende prácticamente a diez barrios de la ciudad: en el barrio Güemes cientos de personas asaltan al Círculo de Suboficiales: vecinos reunidos junto a estudiantes comienzan a comentar sobre el Casino, se habla de "esos" que viven del trabajo del pueblo, que comen y hacen orgías mientras el barrio, muy pobre, se muere de hambre, que son unos "verdaderos hijos de puta", etc. La conversación comienza a las 13,30; a las 14 horas, espontáneamente, los vecinos entran al Casino y rompen los objetos de valor, sólo algunas botellas de vino son extraídas "para consumo popular". Luego todo es incendiado. Mientras tanto, en el centro continúa la lucha: se forman barricadas con todo lo que está a mano. Gran parte de la pequeña burguesía, que ya había ayudado a los obreros y estudiantes durante los primeros encuentros con la policía, ayuda con objetos de todo tipo. Se ha formado, en la lucha misma, un bloquepositor a la Dictadura: obreros, estudiantes, capas medias.

Los manifestantes, sin embargo, comienzan ahora a carecer de objetivos; al comienzo el objetivo antidictatorial pasaba por derrotar a la policía, luego emergieron como objetivos la destrucción de edificios de empresas extranjeras y locales odiados por los trabajadores. Al calor de estas acciones se incorporaron a la lucha los barrios, con sus manifestaciones, sus barricadas y sus encuentros con la policía. La gran lucha ha tenido sus caídos: varios muertos y decenas de heridos se cuentan entre los obreros y estudiantes. En las filas policiales sólo un

oficial ha muerto y varios apaleados.

¿Qué hacer? Nadie da una respuesta precisa. Los dirigentes sindicales rebaten los por los acontecimientos han desaparecido del centro, y la mayoría se encuentra en los sindicatos. Los estudiantes continúan su trabajo ideológico, promoviendo discusiones públicas. Pero nadie sabe exactamente qué es lo que hay que hacer ahora.

A las 15 horas Lehoz habla telefónicamente con el secretario de la CGT de Paso Colón, Correa: le pide que pare a los manifestantes, dice que el ejército no desea entrar. Correa le contesta que la responsabilidad de "todo" la tiene la policía y que él ya nada pueda hacer.

Mientras tanto surgen en el seno del pueblo las más diversas preguntas: por un lado la gente comienza a tener conciencia de que esto no ha sido una manifestación tradicional, que es prácticamente un alzamiento, que todo el mundo está en la calle contra el gobierno y el gobernador Caballero; por otro lado, sin una perspectiva de poder clara, surgen las distintas especulaciones sobre la posibilidad de un golpe de estado, se dice que "el ejército va a voltear al gobierno", etc. Grave error: es cierto que el Ejército no quería entrar a la ciudad, pero esto sólo porque el grado de lucha no pasaba de una manifestación multitudinaria, de una explosión de los trabajadores cansados de soportar hambre y miseria. Pero cuando se vio que las masas, en su propia dialéctica de enfrentamiento con la policía, en su triunfo sobre ésta, en las discusiones que surgían dentro del área controlada por los manifestantes podían plantearse un objetivo superior de lucha, por ejemplo buscar armas y ocupar la casa de gobierno; cuando todo esto se hizo posible porque ya habían transcurrido más de cuatro horas de manifestaciones incontenibles; entonces, el ejército se preparó para ocupar militarmente la ciudad.

Lentamente, a las 17,15 hs., las tropas de la IV Brigada de Infantería Aero-transportada del cuerpo de Artillería 141, del Batallón de Comunicaciones del Regimiento II de Paracaidistas y del XIV de Infantería avanzan hacia el centro de la ciudad por las calles Rioja, Santa Rosa y Avenida Colón. Ciertos rasgos de la acción militar explican su objetivo político: en primer lugar se utilizan fuerzas militares desproporcionadas en relación con el adversario. Si bien se calcula que 30.000 personas participaron en las acciones en el centro, estaban desarmadas y carecían de objetivos revolucionarios, estratégicos y tácticos. Las tropas utilizadas eran exageradas, y prácticamente no quedaron reservas en los cuarteles, en segundo lugar la entrada de las tropas se parecía más a un desfile que a una ocupación militar. Marcharon prácticamente hasta el centro de la ciudad sin buscar guarecerse de posibles francotiradores; en tercer lugar, sólo los oficiales, suboficiales y tropa profesional tenían balas auténticas, las otras fuerzas estaban dotadas de municiones de fogeo.

Todo esto indica que el objetivo militar el Ejército residió más bien en ate- rrorizar a la población, en paralizar y ahuyentar a los manifestantes difiriendo todo lo posible el enfrentamiento con el pueblo. Está claro que la oficialidad argentina no es tan torpe como para jugar todas sus cartas de un sólo golpe: si se podía utilizar al ejército como "elemento de terror", mejor, si no bastaba, estaban dispuestos a usarlo a fondo. Al mismo tiempo, dado que el enfrentamiento no exigía la lucha armada, es probable que el uso de balas de fogeo haya tenido otra razón: una cierta incertidumbre del alto mando sobre la reacción de los soldados, en otros términos tenían la posibilidad de que "cambiarán el fusil de hombro".

Cuando el Ejército llegó al centro de la ciudad, aparecieron algunos francoti-

radores, fueron algunos manifestantes, tal vez obreros avanzados, que se dispusieron a molestar la entrada del ejército sin tirar directamente contra las tropas. El propio ejército trató de utilizar la presencia de estos francohostigadores aislados para ejercer una campaña psicológica aún más profunda: se comenzó a disparar con balas de fogueo en distintos lugares del casco céntrico, lo que daba la sensación en los barrios de que en el centro se estaba asesinando a mansalva, cuando en realidad las tropas avanzaban sin dificultades mayores.

Ante el avance de las tropas los manifestantes se retiran del centro de la ciudad. Sólo quedan estos francohostigadores aislados que son prontamente reducidos. Algunos son derribados; otros, se supone, capturados y fusilados.

La ciudad anochece. El casco céntrico está ocupado por el ejército y los manifestantes se han replegado hacia los barrios mencionados. En los barrios Joffré y Talleres, se han formado apresuradamente barricadas para defenderse del avance del ejército. En general, son barricadas formadas espontáneamente, sin un plan prefijado, y de un valor operativo rudimentario. Sólo en el barrio Clínicas los estudiantes, que tienen una experiencia más elevada de lucha guerrillera urbana, se han organizado para impedir la entrada del ejército. Durante toda la noche se escuchan tiradores en distintos puntos de la ciudad. El día 30 la ciudad ya cuenta con sus primeras bajas. Se contabilizan 6 muertos, y 78 personas a disposición de los consejos de guerra. El gobierno y el ejército han pasado a la contraofensiva y se preparan para terminar con los últimos focos de resistencia. Para ello, el gobierno declara asueto administrativo, docente, y bancario, con el fin de impedir cualquier actividad que facilite nuevos brotes de manifestaciones populares. Por la mañana, los principales encuentros se producen en los barrios Joffré y Talleres, donde el ejército, se encuentra no sólo con barricadas y con francotiradores aislados que dificultan su entrada, sino con un hecho que ya había adquirido significación el día anterior: miles de personas en las esquinas insultan a las fuerzas represivas.

Al anochecer, el ejército se prepara para destruir el último bastión insurgente, el Barrio Clínicas. Como primera medida se asegura el restablecimiento de energía eléctrica, que había sido sabotado el día anterior. Los estudiantes resisten con barricadas y con francotiradores, la mayoría de ellos armados con hondas y armas de fuego de corto alcance. A las 22 horas, el barrio Clínicas está copado por el ejército. Avanzada la noche, el Consejo de Guerra dicta la primera condena: tres años de cárcel para Humberto Videla. Ya están detenidos los dirigentes sindicales Elpidio Torres y Agustín Tosco. Ambos habían sido detenidos en los locales sindicales de SMATA y Luz y Fuerza, allanados en busca de armas. La prueba más clara de que uno y otro dirigente, independientemente de que Tosco había tomado una posición combativa durante los sucesos, no se habían propuesto ir más allá de una acción combativa en las calles, es su detención pasiva en lugares ampliamente conocidos por la policía; más bien habían quedado paralizados ante un proceso de lucha popular que los había superado.

La lucha en Córdoba finalizaba, luego de adquirir la forma más elevada de enfrentamiento popular y durante el paro obrero nacional. Desde Buenos Aires, Vandor diría que el gran triunfo de la clase obrera era el paro general. Para los trabajadores argentinos, para el pueblo, sobre la base de la importancia enorme del paro general, lo más importante era la lucha cordobesa: síntesis de un proceso y a la vez punto de partida de toda una nueva etapa histórica en la lucha de clases en la Argentina.

4.- Primeras conclusiones

El relato de los sucesos de Córdoba realizado en este artículo sólo es un pálido reflejo de la riqueza de acontecimientos, de actitudes de los participantes, etc. Todavía los cordobeses continúan discutiendo las causas de semejante explosión de masas, continúa la lucha como lo demuestra el paro obrero-estudiantil de junio

Por eso es necesario intentar sacar las primeras conclusiones sobre la gran jornada de lucha de los días 29 y 30 de mayo; todo indica que la lucha cordobesa quedará grabada como un hito fundamental de la lucha de clases en la Argentina.

La "explosión cordobesa" se produjo en condiciones sociales y políticas particulares. El golpe de estado de 1966, como bien se preocuparon por señalarlo las clases dominantes, no ha sido un golpe más. Es un viraje histórico que intenta dar la oligarquía burguesa-terrateniente, expresada políticamente en cuadros superiores del ejército y en núcleos políticos provenientes de distintas vertientes ideológicas (nacionalistas y liberales), y que ha contado con el apoyo de importantes sectores sindicales. Pero este viraje histórico que en esencia reside en precarizar el desarrollo capitalista-dependiente por medio de la monopolización de la economía nacional, requiere una modificación global no sólo de la economía nacional sino también de la superestructura. La dificultad de las clases dominantes reside justamente en que para marchar por este camino deben exasperar obligatoriamente diversas contradicciones sociales, en primer lugar la contradicción entre obreros y capitalistas, dado que el plan económico se basa justamente en lograr altas tasas de inversión sobre la base de la superexplotación de la clase obrera. La exasperación de las contradicciones abarca también a los estudiantes, sobre los cuales ha recaído una política educacional limitativa, tecnocrática, irracionalista, que se aplica principalmente a través de la represión lisa y llana al movimiento estudiantil y capas de profesores. Vastos sectores medios urbanos y rurales perciben como se pauperizan a través del sistema impositivo, de la ley de arrendamientos, de los congelamientos salariales, etc.

Las clases dominantes pretenden modificar la sociedad argentina; para ello hay que conquistar obligatoriamente el consenso por lo menos de una parte considerable de la población, que dé base sólida al control efectivo del aparato del Estado, pues si no es posible llevar a cabo esta "tarea histórica", sin grandes enfrentamientos sociales. La dictadura tuvo en 1966 la fuerza del consenso y la fuerza del aparato estatal. Hoy, como pocas veces en la historia del país, los que están "arriba" cuentan con tan poco consenso que la pura fuerza militar no basta.

La ilusión que los obreros y vastos sectores medios depositaron en el golpe de estado de 1966 se basaba en la comprobación práctica de la incapacidad del sistema liberal para dar solución a sus problemas: la ideología peronista permitió sin embargo la "mistificación" de ese fenómeno y la salida ofrecida a los obreros, y que éstos aceptaron, consistió en una típica solución autoritaria; el poder fuerte, sin límites, ejecutivo y audaz de Onganía. Pero estos obreros, estos empleados, esos técnicos, campesinos, artesanos, etc., que vieron esperanzados el golpe no son una masa amorfa; al contrario, tienen intereses sociales que se expresan en ideologías, agrupaciones gremiales, tendencias políticas.

A poco de andar el pueblo "caló" a la dictadura; y comenzaron las luchas, que durante más de dos años tuvieron su columna vertebral en el movimiento estudiantil. Lo paradójico residió en que las exigencias de las masas tampoco encontraban respuesta en los partidos políticos burgueses: tanto el peronismo como el radicalismo se oponían a la dictadura pero desde dentro de su propio juego. Grandes declaraciones

Des, as
fondo e
de nacl
diente
crisis
ciones
tina n
para u

Es
te, de
mente
lució
za e
capita

dia r

E
mienza
ra, s
mosai
a los
ofici

L
la po
recon
la "N
rias
logía
gator
binar
varia
Integ
tes,
De a
la c
poli
con
En e
revo
nal.

Pres
clase
arme
gran

dado

l- v

nes, asados, reuniones, etc. eran las actividades de la oposición: es que en el fondo estas fuerzas no pueden oponer a las fracciones de la burguesía un proyecto de nación que cuestione lo esencial del proceso de desarrollo capitalista dependiente. Permiten que en su seno se expresen intereses burgueses afectados por la crisis pero estos intereses requieren obligatoriamente dentro del sistema de relaciones de producción establecido en la Argentina. O en otros términos en la Argentina no hay margen para un retorno al pasado (populismo de Yrigoyen-Perón) ni para un futuro que se base en el modelo africano (nasserismo).

Es que la única alternativa posible para el desarrollo capitalista dependiente, desarrollo dentro del mundo capitalista hegemónico por los EEUU, es justamente la ruptura de ese desarrollo capitalista dependiente por medio de una revolución de liberación social y nacional en marcha hacia el socialismo. Esto comienza a madurar en la Argentina, como parte del proceso revolucionario de paso del capitalismo al socialismo, como parte de la revolución continental.

Este proceso se desarrolla en momentos que comienza a construirse la vanguardia revolucionaria, nuestro partido.

El oportunismo ha hecho mucho mal a nuestra clase obrera. La vanguardia comienza a construirse sobre un "pasado político y cultural" de nuestra clase obrera, sobre una masa estudiantil que busca un camino para la revolución dentro del mosaico de corrientes revolucionarias en el mundo, fenómeno que también es común a los cuadros sindicales, especialmente peronistas, a ciertas capas de la joven oficialidad, etc.

La alternativa revolucionaria presenta una forma muy compleja: impelidas por la política de la dictadura, las masas comenzaron a accionar sin una vanguardia reconocida, dando lugar a lo que los ideólogos burgueses de Primera Plana llaman la "Nueva Oposición". Esta nueva oposición, conglomerado de fuerzas revolucionarias cuyos matices van desde nuestra alternativa proletaria hasta la confusa ideología del nacionalismo de izquierda, se abre camino en la Argentina. Pero, obligatoriamente, exige al partido del proletariado realizar la difícil tarea de combinar la unidad de acción con una profunda lucha ideológica y política contra las variantes pequeño burguesas, que, como en el caso de la COT de Paseo Colón, el Integralismo, el FEN, etc., en el movimiento estudiantil, o en grupos de sacerdotes, tienden permanentemente a la alianza con las fuerzas burguesas de oposición. De allí que para nosotros el problema fundamental reside en abrirnos camino entre la clase obrera para ganar a su parte más avanzada, de allí que combinemos nuestra política de fortalecer al partido, a la corriente clasista, a la política de izquierda, con la necesaria flexibilidad para empujar acciones de lucha contra la dictadura. En esta línea se podrá ir delimitando política e ideológicamente, el campo de la revolución, orgánicamente constituido en un frente de liberación social y nacional.

Hay dos elementos fundamentales de la revolución en la Argentina: primero la presencia fundamental de la clase obrera, como protagonista principal, como la clase hegemónica en el bloque de alianzas; segundo: la forma principal de lucha armada es la insurrección armada urbana. Estos sucesos han hecho su aparición con gran audacia, no sólo en los sucesos de Córdoba, sino también en los de Rosario.

Córdoba resulta por eso una experiencia notable que requiere un análisis cuidadoso: estas son sólo las primeras conclusiones.

Lo primero que resulta claro es el papel protagónico del proletariado en el

1- Ver fe de erratas

proceso revolucionario argentino: los obreros cordobeses se convirtieron en la práctica en la clase hegemónica en el bloque formado en el barrio céntrico. Resalta el papel fundamental de los obreros de las grandes empresas, en especial los de IKA, que son quienes permiten el vuelco fundamental de los acontecimientos a favor de los combatientes y manifestantes. La experiencia de la lucha cordobesa ayuda por eso a liquidar las discusiones doctrinarias sobre cómo debe actuar la clase para conquistar la hegemonía en la revolución: muchas discusiones librescoas han demostrado su esterilidad comparadas con el movimiento real de las clases. Ahora queda más claro cuáles son los problemas que deben abordarse realmente para garantizar la hegemonía efectiva del proletariado en el proceso revolucionario. Sobre ellos, volveremos más adelante.

¿Cómo jugó el elemento "espontáneo" en las heroicas jornadas del 29 y el 30? Aquí lo más significativo reside en comprobar la importancia que tiene en la Argentina la huelga general como vía de acceso a la insurrección. No se trata de confundir: lo de Córdoba no fue una insurrección. Tampoco se trata de plantear que una huelga general será, obligatoriamente, la condición sine qua non para la revolución. Sino de valorar que, como ya había indicado Lenin, en ciertas condiciones, es decir, cuando el grado de opresión es brutal, cuando la lucha por cada reivindicación lleva obligatoriamente al enfrentamiento directo con el aparato estatal, etc., una huelga general puede transformarse, espontáneamente en lucha violenta, abierta, con las clases dominantes. Córdoba es, en ese caso, sólo un embrión de esa forma de lucha inicialmente pacífica, que se transforma rápidamente en lucha en las calles contra las propias instituciones del sistema. La espontaneidad de la explosión cordobesa está, por tanto, doblemente condicionada: por un lado los que luchan tienen una experiencia política y organizativa en la lucha de clases, y dentro de sus ideologías existen núcleos de ideas potencialmente revolucionarios, por otro lado ese grado determinado de conciencia política no puede expresarse sino a través del enfrentamiento global con el sistema.

Ahora bien, las limitaciones de estas "explosiones" son también evidentes: una masa humana desborda a la policía, manifiesta en forma concreta su odio de clase, pero carece de una verdadera estrategia de poder. La principal debilidad no reside entonces en que estas masas no tengan armas sino en que carezcan de una organización política reconocida como dirigente, capaz de conducirles hasta las armas. De allí surge entonces la necesidad de lograr que nuestro partido haga carne entre las masas obreras como condición para que puedan desenvolverse en toda su plenitud las leyes de transformación de una huelga general donde el eje es la crítica al poder constituido (las consignas predominantes en Córdoba son: "Abajo la dictadura, gobierno popular"), en huelga insurreccional. Córdoba sólo logró llegar hasta una fase, hasta las manifestaciones violentas, hasta el triunfo provisoriamente sobre la policía, pero esta fase está muy lejos de significar que las masas se orienten hacia la toma del poder. Durante cuatro horas los obreros y los estudiantes están tácticamente a la ofensiva, pero toda su estrategia es defensiva, es puro repudio a la dictadura, inclusive con esperanzas de que otras fuerzas no proletarias volteen al gobierno.

El fortalecimiento del partido no debe entenderse mecánicamente: no se trata de ver la parte administrativa del problema (tampoco desdeñable pero insuficiente) sino captar la esencia del problema: o la huelga política tiene una dirección revolucionaria o se mantiene dentro de la práctica sindicalista y reformista. Tal enseñanza se desprende también de los hechos cordobeses, porque si bien durante varias horas las direcciones de los sindicatos (inclusive los que más empujaban al combate como Luz Y Fuerza) son superadas por la "explosión" obrera y popular,

Las masas se mueven con ideas políticas enmarcadas dentro de las formas tradicionales de lucha. Las masas desbordaron a sus dirigentes claramente; también lo hicieron en relación a los partidos políticos tradicionales que sólo habían sacado declaraciones, pero no se plantearon nunca que de las manifestaciones había que pasar a una forma superior de lucha. Estas formas no eran las barricadas, pues éstas ya están incorporadas a la forma anterior y subordinadas a ella, sino la lucha armada popular. Esta forma de lucha exigía, partiendo de la experiencia rosarina, la actuación de grupos tácticos de hostigamiento, cuyo objetivo estratégico fuera mantener y ampliar las áreas liberadas. Pero esto exige, previamente, el arraigo de la vanguardia proletaria en las masas, pues implica la existencia de un plan militar elaborado que, prevea las distintas fases de la insurrección. La explosión cordobesa no contenía los elementos que hiciesen posible esta forma de lucha. Sólo la parte más lúcida atisbó la necesidad cuando ya entraba el ejército. A esta altura era imposible cambiar el curso de los acontecimientos y el ejército penetró sin dificultades mayores. Los francotiradores o francohostigadores fueron sólo figuras aisladas.

En consecuencia, el papel del partido se torna decisivo: no para negar las leyes de transformación de la huelga general política en instrumento popular, sino para garantizar que esas leyes puedan desenvolverse en toda su plenitud. Esto es más válido que nunca cuando los sucesos no sólo de Córdoba sino también de Rosario y Tucumán indican claramente que en la Argentina hablar en serio de la revolución es hablar de insurrección urbana. Esta forma de lucha es la dominante y todas las otras deben subordinarse obligatoriamente para garantizar el triunfo del bloque histórico revolucionario hegemónico por la clase obrera.

Fueron quizás las fracciones de las clases dominantes, a través de sus correspondientes instituciones quienes previeron mejor que las propias fuerzas revolucionarias lo que podía ocurrir en Córdoba: el día 28 el gobierno amplió la competencia de los consejos militares para "delitos cometidos por manifestantes", la CGT de Azopardo se movilizó a través de todo el país para garantizar un paro pacífico de protesta ante la política oficial, por último, la alta jerarquía eclesial, experimentada defensora del sistema, alertó que "faltaríamos a nuestro deber si no señaláramos que en los momentos actuales, dada la tendencia de grupos de ideología ateo-materialista comprometidos en el cambio total de todas las estructuras sociales, la implantación de la violencia puede significar el comienzo de la destrucción" (Declaración del Episcopado Argentino, 28-6-69). La lucidez de ciertos grupos representativos de las clases dominantes refuerza aún más la necesidad del partido político de la clase obrera: la crisis de la sociedad argentina es profunda, pero esta crisis no significará la descomposición ni el derrumbe de las clases dominantes y su estado ante el primer impulso de las masas. Al contrario, han acumulado experiencias suficientes para maniobrar en las condiciones más difíciles: ello requerirá por eso la existencia de una vanguardia revolucionaria, un partido capaz de enfrentar a las clases dominantes acertadamente en distintos terrenos y en distintas fases de la lucha de clases.

Los obreros cordobeses (y los de todo el país) han recogido una gran lección con las intervenciones militares en Rosario y Córdoba: de golpe han comprendido que detrás de la policía, que detrás de las leyes represivas está el instrumento más potente de las clases dominantes: el ejército. Ha sido una gran lección para nuestra clase obrera, tan acostumbrada a pensar - por la influencia de la ideología y la política peronistas - en la alianza "pueblo-ejército-iglesia". Hasta ahora, excepto algunas movilizaciones ferroviarias, el ejército entraba en acción para derribar a distintos gobiernos ya totalmente desprestigiados; o, como en 1962, se

producían enfrentamientos armados entre fracciones militares sin que el pueblo pudiese comprender que "detrás" de esas operaciones estaba siempre la pugna interburguesa, que estaban siempre en juego una u otra alternativa política para mantener el sistema. La clase obrera permanecía ajena a los sucesos, no podía vivirlos como suyos.

Pero ahora en Rosario, en Córdoba, en Tucumán quedaron frente a frente la clase obrera y el pueblo, y el ejército. Eran los auténticos contendientes. El partido del proletariado deberá explicarnos una y otra vez por qué hay que prepararse para derrotarlo en el plano militar.

La explicación del papel del ejército en los conflictos sociales se plantea también como exigencia para la delimitación entre revolucionarios y reformistas en el campo de la "Nueva Oposición"; una y otra vez, apoyados en ideólogos burgueses como Puigrós y Ramos, militantes del peronismo y del catolicismo postconciliar se han ilusionado pensando que dentro de las propias filas militares surgirán los "coroneles nasseristas". Esta vieja historia de los nacionalistas burgueses también ha sufrido un duro traspie con los acontecimientos cordobeses. La descomposición del ejército es posible, más aún, es condición para el triunfo de la revolución popular, antiimperialista y antioligárquica en camino al socialismo; pero esto solo puede ocurrir a condición de que el pueblo en armas esté decidido a enfrentarlo. En estas condiciones será posible fracturarlo (a través de la combinación de la lucha armada y la propaganda, del enfrentamiento abierto y la penetración política) y esta fractura abarca en primer lugar a los soldados. Las tareas para lograr estos objetivos comienzan desde ahora, pero su realización plena será posible a través de la lucha insurreccional de la clase obrera y el pueblo. En Córdoba ciertos hechos indican que el ejército tiene puntos débiles: así, el mismo día 29 fueron licenciados los civiles que trabajan en fábricas y guarniciones, porque el alto mando temía que se produjeran disturbios en su propia retaguardia; hubo también suboficiales que entablaron discusiones con militantes revolucionarios señalando que no estaban dispuestos a tirar contra el pueblo, pero, dado el repliegue popular no puede hablarse de serias fracturas internas en las fuerzas represivas. Es necesario sin embargo penetrar más en los cuarteles, especialmente en Córdoba, para comprobar cómo se ha reflejado en el ejército su utilización abierta al servicio de la dictadura.

La experiencia cordobesa impone una reflexión acerca de los órganos de poder popular revolucionario: este problema exige un análisis cuidadoso si se tiene en cuenta dos premisas fundamentales. En primer lugar, que los obreros tienen una larga experiencia acerca del carácter burgués de los órganos de poder "constitucionales", y en segundo lugar, que por su carácter la insurrección sólo puede concebirse a través de la creación de órganos de poder populares basados en la democracia directa. En Córdoba la experiencia de las jornadas del 29 y 30 muestra que los centros potenciales de poder fueron los centros de concentraciones por actividad laboral (grandes fábricas, universidad, etc.) y los barrios. Por eso deberá estudiarse a fondo esta cuestión porque cualquier estrategia de poder deberá tener en cuenta esta cuestión si no quiere reducir su formulación a simples consignas generales o caer en una desviación puramente militarista.

El problema de los órganos de poder está estrechamente vinculado a la cuestión militar: deberá hacerse un trabajo especial para extraer las conclusiones correspondientes de las experiencias cordobesas pero desde ahora surge como fundamental que el problema del armamento, la relación entre lucha armada de masas y actividad guerrillera urbana, la conquista de los centros vitales de las ciudades, la propa-

ganda en gran escala (radios), etc., problemas que estuvieron ausentes en los días 29 y 30, no podrán ser resueltos solamente a partir de las insuficiencias militares. La cuestión militar tiene naturalmente su especificidad, y Córdoba ha dado ricas experiencias con el papel destacado de los barrios como grupos insurreccionales, y con los francotiradores. Pero deberá analizarse el problema militar teniendo siempre como eje el tipo de órganos de poder popular que garanticen la lucha armada organizada, que permitan dar una base política sólida a la estrategia de ofensiva que es condición para derrotar militarmente al enemigo de clase. El problema del poder es lo central en toda revolución: justamente por eso, para disputar con audacia el poder a la burguesía hay que saber, por lo menos con aproximación, por qué tipo de poder se está luchando, no sólo por el contenido de clase, sino también por sus formas.

Otro gran problema que surge de la experiencia cordobesa es el problema de las alianzas. No basta con poner el eje en la construcción de partido, en su conversión en dirigente de los obreros, sino que este eje implica simultáneamente construir una alternativa de izquierda en distintos niveles: sindical, estudiantil y político. Es cierto que en Córdoba jugaron un papel las agrupaciones lro. de Mayo, papel que deberá acrecentarse pues es condición imprescindible para elevar la conciencia de los obreros y lograr que las masas vayan perfilando la cuestión del poder. Esta necesidad se hace ostensible también en el movimiento estudiantil donde una masa creciente de estudiantes busca una alternativa de izquierda revolucionaria en oposición a las variantes populistas. En el problema de las alianzas también tiene una importancia central resolver la cuestión de la relación entre la corriente sindical clasista y los organismos sindicales; quizá en ningún lugar como en Córdoba la masa obrera comprendió y valoró la importancia de la unidad de acción. En caso de resolver acertadamente este problema pueden prender ideas "reunificadoras" que facilitan las maniobras azopardistas pese a su desprestigio creciente entre los obreros, o reforzarse las ilusiones golpistas que provienen de varios sindicatos adheridos a la CGT de Paseo Colón. No hay que subestimar esta última posibilidad y por eso hay que pelear a fondo para llevar con toda franqueza a las masas obreras las conclusiones del partido revolucionario sobre los sucesos y simultáneamente empujar la unidad de acción.

Las masas en acción en Córdoba carecieron de una alternativa popular revolucionaria que reflejase en su seno no sólo a las corrientes proletarias sino también a grupos y sectores que marchan hacia posiciones revolucionarias desde el campo peronista, católico, etc. La lucha ha elevado rápidamente a centenares de militantes que provienen de movimientos y partidos no proletarios (en particular del peronismo) y que quieren participar en el proceso revolucionario atendiendo a sus propios procesos políticos. Hay que aplicar creadoramente la idea del frente a la realidad cordobesa, hay que avanzar en la formación de un embrión de frente de liberación social y nacional.

Las luchas obreras y populares durante mayo y junio han abierto una nueva etapa en la lucha de clases en la Argentina: los estudiantes abrieron una brecha, los obreros, penetraron en ella y a despecho de la dictadura y los azopardistas, se forjó en la lucha una amplia alianza contra la dictadura, en la cual la clase obrera pasó a jugar el papel protagónico. Se ha acelerado la descomposición del gobierno: todo ello ha sido producto de acumulación de luchas durante un mes que ha dado su salto cualitativo con los sucesos de Córdoba. La gran burguesía argentina ha llamado a los sucesos de Córdoba una "insurrección". Así lo expresa el gobierno quien ha establecido el estado de sitio, así lo manifiesta ACIEL, la Sociedad Rural, etc. La alta oficialidad del ejército está empeñada en estudiar la experiencia para mejorar su dispositivo antiinsurreccional. En las clases dominantes, si bien se pugna con más fuerza por distintas alternativas burguesas, surge la preocupación por encontrar bases de cohesión que permitan tomar actitudes comunes ante acontecimientos como los cordobeses, quizá en escala superior.

Para el partido del proletariado la "explosión cordobesa" es tema de principal importancia: como bien dice el editorial de Nueva Hora Nro. 30 la experiencia cordobesa ha cerrado muchas discusiones entre la izquierda argentina, especialmente por haber demostrado no sólo la incapacidad orgánica de los reformistas y oportunistas para comprender la dinámica de la lucha de clases en la Argentina, sino también la falsedad de las posturas de aquellos que creen que se abre el camino a la revolución "por la acción conspirativa de grupos selectos, o por una práctica terrorista de grupos revolucionarios". Justamente por ello exige una profundización mayor que la de este artículo, porque es necesario que el partido avance aún más en la construcción de nuestra línea política y táctica, que resuelva mejor los problemas teóricos y prácticos de la construcción de una línea clasista en el movimiento obrero y una alternativa política que abra camino a la formación del frente de liberación social y nacional.

¿Existía en Córdoba una situación revolucionaria? Evidentemente no. Pero la experiencia indica que una situación nacional de profundos conflictos sociales y luchas generalizadas puede generarse a condición de que el partido del proletariado lucha denodadamente por convertirse efectivamente en la vanguardia reconocida de la clase. Estamos todavía en un período de acumulación de fuerzas, pero enmarcado en un creciente conflicto de clases que abarca al conjunto de la estructura social argentina. De allí que "sorpresas" como las cordobesas pueden volver a presentarse en Córdoba o en otros centros del país. La experiencia deberá servirnos para saber comprender entonces las peculiaridades de la situación y operar en consecuencia, siempre con el objetivo de hacer avanzar a las masas hacia la conquista del poder político.

Como bien señala el informe del Comité Nacional, a partir de las luchas de mayo y junio y en particular de los sucesos cordobeses, se ha iniciado una nueva etapa en la lucha de clases en la Argentina. El proleta-

riado argentino, y particularmente el cordobés ha avanzado en la comprensión de su papel histórico. El partido deberá elevar lo que hoy en el proletariado se denomina "repetir lo de Córdoba", hasta el plano conciente de los objetivos revolucionarios de la clase obrera.

NOTA: Ya habíamos escrito este artículo cuando llegó a nosotros un folleto del grupo Política Obrera. Como es sabido este grupo, que no vacila en autoproclamarse "vanguardia de la vanguardia", que utiliza diversas estrategias para lograr explicar teóricamente una revolución donde los obreros dirigen sin mayores dificultades a sus aliados; ha caído, necesariamente, en la más franca confusión sobre los sucesos cordobeses.

En el terreno de las definiciones prácticas, Política Obrera ha demostrado colocarse a la altura del más puro... oportunismo "de izquierda". La enorme distancia entre su "purismo" teórico y su política práctica ya se revelaban antes de Córdoba: para ellos, la clase obrera estaba derrotada, no podían preverse luchas proletarias de importancia, era necesario, por un lado construir la vanguardia, y para no alejarse de las masas ... derrotadas, era también necesario elaborar para ellas un "programa de transición" según el modelo de la IV Internacional, que contemplara las reivindicaciones parciales de los obreros. Es decir: una política para la vanguardia, otra para los obreros, un programa para la vanguardia, otro programa para los obreros. El socialismo, la revolución y la dictadura proletaria en general, y formulaciones del más puro estilo economista en particular, como el ya conocido volante de Citroen, etc. Socialismo y comunismo para la vanguardia, oportunismo para la política de masas. Si esta esencia quedaba disfrazada en una maraña de citas de Marx y Lenin, reaparece y se perfecciona en el análisis de la situación cordobesa. (Política Obrera Nro. 52, Año III, junio 4 de 1969). En este folleto, luego de colocarnos con suma suficiencia, en medio renglón, "a la zaga del ongarismo", entienden que la clase se despertó subitamente de la derrota y protagonizó un alzamiento casi conciente, hasta tal punto conciente para nuestros "leninistas-trotskistas" que su defecto fundamental consistió en "el aislamiento del proletariado de esa ciudad y el del resto del país" y no en la carencia de un programa, una perspectiva de poder, una estrategia y una vanguardia revolucionarios. Tal afirmación presupone, o bien que los elementos concientes se habían dado hasta el nivel de suponer que la debilidad fundamental consistió en su "aislamiento", la cual puede sólo ser producto de una ceguera política absoluta; o bien que non la dirección que tiene el movimiento obrero cordobés es posible plantearse una perspectiva revolucionaria de poder; más aún, arrastrar al conjunto de la clase obrera.

Pero esta formulación no es aislada, no es producto de un simple "error de apreciación". Además de estar acompañada de consignas como el "inmediato desarme de las fuerzas de represión" (una sutil táctica militar, o más bien una pura ilusión pequeño-burguesa, que consiste en plantear primero desarmar a la burguesía y luego derrotarla), se eleva al plano del contenido político y las fuerzas que hegemonizarán esa "dictadura del pre-

letariado", ese "poder obrero y popular" y de las tareas políticas que encarará, expresando que ese tipo de poder debe ser un gobierno "de las CGT" cuya unificación se apoyaría, claro está que "condicionado a la resolución de la huelga nacional conjunta". Es decir, no sólo se reitera el archiderrotado argumento trotskista del "poder de los sindicatos", que ahora se sintetiza en la consigna de "la CGT al poder"; sino que además, un poder así orientado, ya no puede ser una dictadura proletaria "plena", sino por "etapas". Esta, la forma "embrionaria" de dictadura proletaria, tendría como misión convocar a una "asamblea constituyente", para que los obreros puedan presionar sobre ella a través de la acción directa (con lo cual queda claro que el gobierno de la CGT no será el gobierno de los obreros). Es decir: sólo hace falta reorganizar a la CGT en un "congreso de bases" o bien apoyar su reunificación si surge como conclusión de un llamado al "paro nacional conjunto", para contar con la fuerza capaz de implantar un gobierno obrero y popular que "inicie" la dictadura del proletariado. La Asamblea Constituyente "presionada por la acción directa" de los obreros dictaría, pues, la carta orgánica de la dictadura proletaria plena. Y además, resolvería un problema muy importante para nuestros revolucionarios pequeño-burgueses, pues "en el terreno de la Asamblea Constituyente... debemos defender el derecho al retorno de Perón". ¡Hermosa concepción de principios sobre la teoría del poder "obrero" y la política de alianzas!

PREPARAR LA INSURRECCION

mariano martin

I

El año 1969 se distinguió entre otras cosas, porque en respuesta a la violencia reaccionaria se fué extendiendo la violencia popular.

Sus principales hitos fueron indudablemente, las grandes batallas libradas por la clase obrera acompañada por otros sectores populares, principalmente los estudiantes, en mayo-junio y en setiembre. Con distintas características, el fenómeno se manifestó en otros conflictos obreros: carneros, petroleros, Fabril, etc.

La aparición de grupos armados que desarrollan operaciones de terrorismo, expropiaciones, abastecimiento, y propaganda armada, expresa en general este mismo fenómeno, a nivel de sectores importantes de la pequeña burguesía radicalizada.

Este es uno de los indicios que llevan a nuestro partido a señalar en el informe aprobado en el Congreso que: "Vivimos un período de agudización de los choques de clase. Un período de auge de las luchas. Un período de agudización de todas las contradicciones de la formación económico-social argentina".

Esto plantea "que la conclusión más importante de las luchas producidas es que la acumulación de elementos que van configurando la proximidad de una situación prerrevolucionaria exige acelerar la construcción de una vanguardia marxista-leninista, capaz, en un proceso, de hacer desembocar esta situación en una situación revolucionaria directa y hacer triunfar la insurrección".

II

En el próximo período la clave para lograr esto radica en poner el centro de la actividad del partido en la lucha política.

Debemos tener presente que las clases dominantes encuentran aún "plafond" para maniobrar, desconcertar, confundir, aunque sea momentáneamente, a la clase obrera y demás sectores populares. Esto permite que ocurra lo que señala en el Informe cuando dice: "Hoy se discuten entre las clases dominantes innumerables "salidas políticas". Todas ellas, salvo el gorilismo extremo, procuran, por uno u otro medio, la integración estable de la clase obrera y las masas trabajadoras al régimen, apoyándose en las jerarquías políticas y sindicales del peronismo.

En este juego, como dice el Informe "la dictadura, centralmente, apo-

yándose en las direcciones amigas o cómplices en el movimiento sindical, valiéndose de la impotencia revolucionaria de la burguesía media y del reformismo, trabaja para "podría la situación".

Ello por supuesto no la hace descuidar, sino todo lo contrario, reforzar permanentemente el dispositivo represivo.

Por eso es tan justa la táctica planteada en el Informe con respecto a la Dictadura: "En la línea de acumular fuerzas para la insurrección armada que imponga un gobierno popular revolucionario, es preciso acosarla, no darle tregua, elevando el nivel de las luchas y su organización en una perspectiva insurreccional, Contribuir a desatar las luchas y transformarlas en profundas heridas en los mecanismos de "consenso" creados por el sistema capitalista dependiente."

La fracción liberal de las clases dominantes capitaneada por Aramburu e integrada por socialistas democráticos, demócratas progresistas, sectores del radicalismo, del conservadorismo, Udelpas, etc, vuelve con renovados bríos a batallar por causas electorales que abran nuevas expectativas en las masas y aminoren los bríos revolucionarios. Para esta faena le tiran cables al propio Perón y cuentan con el acompañamiento "táctico" del Comité Central Oportunista, como se puso claramente de manifiesto alrededor del manejo que hicieron junto a la UCRP, de la proyectada cita de Tosco para el 10 de enero, que impulsaban a transformar embozadamente, en el ala izquierda y de masas, de la maniobra electoral, colocándose nuevamente a la cola de una de las fracciones de las clases dominantes.

En la contrapartida, un mosaico nacionalista que va desde el ultraderechista coronel Guevara hasta el "izquierdista" coronel Molina, pasando por Labanca, Uriburu y los lonardistas, agrupan fuerzas para impedir un nuevo "13 de noviembre", apuntalar a Onganía y crear condiciones para ensayar de contragolpe, tras consignas nacionales y de conciliación obrero patronal y sobre la base de una alianza ejército-sindicatos, otra variante de adormecimiento de las masas, a la vez que utilizar el poder para la defensa de los intereses de su sector de clase. Claro que para esta faena, también ellos le tiran cables a Perón.

Como consecuencia, hasta figuras importantes de la izquierda populista que rechazan resueltamente la maniobra electoral, no se sienten con tantos ímpetus frente a esta otra, facilitando una peligrosa base de confusión en el movimiento obrero. Sólo actuando en política, desenredando a través de la lucha política esa confusa madeja que diariamente presiona sobre la cabeza de la gente, se puede llevar a la clase obrera y el pueblo a la insurrección.

Sólo si, insertados en las luchas cotidianas y en las grandes luchas, acompañando la experiencia de las masas, vamos demostrando que la actual crisis de dependencia y latifundio arrastra en nuestro país al capitalismo en su conjunto, lo cual hace que no haya posibilidades de solución para las masas trabajadoras dentro del sistema, lograremos quebrar esas maniobras

y crear condiciones para que las masas accedan a la conciencia de la insurrección. Por eso cada batalla política, cada conflicto, debe servirnos para que la clase obrera visualice el socialismo como su salida de fondo, y la insurrección bajo su hegemonía como la clave para alcanzarlo; insurrección que le permita tomar el poder en alianza con las otras clases y capas revolucionarias, cumplir rápidamente la fase popular agraria y antiimperialista, fortalecerse y pasar al socialismo. Del mismo modo deben servir para quebrar las utopías pequeño-burguesas de un desarrollo capitalista independiente como etapa previa a la revolución socialista. Utopías que olvidan la experiencia del MNR boliviano y observan sólo partes de lo que hoy ocurre en Perú y Bolivia y no la totalidad del fenómeno, que significa en perspectiva, la afirmación de las fracciones burguesas nacionales más poderosas de cada uno de esos países, en "sociedad dependiente" con monopolios imperialistas, aunque se desarrolle en medio de peleas de socios por la mayor ganancia, como corresponde a buenos capitalistas. Utopías que olvidan además las diferencias de estructura de esos países con el nuestro. No tienen en cuenta por ejemplo, el peso y el estrecho entrelazamiento que tienen en nuestro país el imperialismo y los grandes monopolios nacionales, asociados en el capital comercial, financiero agrario e industrial, que imposibilitan una "salida a la peruana". Por otra parte, la experiencia del peronismo en el poder ya lo demostró claramente.

Es necesario, por lo tanto, desbrozar esta compleja madeja política para que la clase obrera y las masas populares se convenzan de la necesidad de jugar un papel independiente, de las clases dominantes y de sus diversas expresiones en la lucha política y por lo tanto de la necesidad de la revolución y para ello de la insurrección. Pero esto no se logra solamente con audaces acciones armadas desde fuera de la clase y de las masas. Ellas sirven para marcar el camino, para ir abasteciendo a las fuerzas revolucionarias, para ir desgastando moralmente al enemigo de clase. Pero sólo un partido político ligado estrechamente a su clase, acompañando vivamente su experiencia y haciéndole sacar conclusiones, o sea, actuando desde el seno de la lucha de masas, será capaz de desbrozar la madeja y elevar a la clase obrera y sus aliados a la conciencia y la organización revolucionaria e insurreccional.

En este sentido hay que entender que con declamar que se ha entendido la política proletaria, y hacer proposiciones en los papeles, de línea en ese sentido, no-se puede ocultar la desviación, si a renglón seguido, las proposiciones concretas llevan a hacer de la propaganda armada, la actividad central del partido en el terreno de la preparación insurreccional.

Debe quedar claro que el rasgo esencial que distingue a los comunistas revolucionarios y a sus organismos, es el de ser los tribunos y los organizadores prácticos de la insurrección y la revolución entre las masas con que actúa. Sólo así podremos transformarnos en los dirigentes político-militares efectivos de la misma.

Pero así, a la vez que se prepara permanentemente para ser tribuno,

no lo hace para ser organizador y dirigente militar, es un pacifista, que no ha logrado superar el reformismo del viejo partido.

Por eso debemos comprender que toda idea que tienda a restringir innecesariamente el partido, o sea fuera de las necesidades que plantea la real situación política; que en nombre de la conspiración, pero desenmarcados de la situación concreta, restrinja la vinculación política y propagandística del partido con las masas, le está quitando la posibilidad de transformarse en vanguardia y por lo tanto en dirigente militar de la insurrección.

De ahí la peligrosidad de algunas ideas que en pro de la centralización desjerarquizan las tareas partidarias de relación directa con las masas, como propaganda, o finanzas.

Lo mismo ocurre con aquellas ideas que tras el objetivo de centralizar y compartimentar, rompen la relación dialéctica-política —(tareas organizativas, tareas propagandísticas, tareas militares, tareas de movimiento).

En todo esto, hay que moverse a partir de la política y no ir más allá de las resoluciones tomadas por el Congreso del Partido, que sientan una línea con absoluta claridad.

Para ello hay que comprender profundamente que el centro de la etapa inmediata está en la lucha política, ya que en el momento de la insurrección y de la guerra, las masas no serán dirigidas por quien esté mejor preparado desde el punto de vista militar sino por quien haya mostrado a través de la práctica, que su línea política es la mejor, lo que sólo puede ocurrir si a la vez se es capaz en el terreno concreto de la lucha armada.

En este aspecto, hay que tener presente que en un país con las características del nuestro (concentración y número del proletariado, desarrollo tecnológico, poderío de las fuerzas armadas, carácter insurreccional del comienzo de la guerra) la capacidad militar de los insurrectos dependerá en gran medida de su capacidad política para ganar a la mayoría de la tropa y de la suboficialidad. Más aún si tenemos en cuenta la posibilidad de invasión imperialista.

III

Para analizar ya en concreto algunas cuestiones a tener en cuenta en el terreno militar de la preparación insurreccional, es necesario dar un ligero vistazo a los hechos de lucha armada popular ocurridos durante 1969. Ello nos mostrará el estado de conciencia, preparación y organización con referencia a este aspecto en concreto, nos dará un punto de partida para la línea a trazarnos.

Los hechos abarcaron dos grandes niveles, que también encontraron dos formas de actuación de las fuerzas represivas.

Por una parte como decíamos al comienzo del artículo, se desarrollaron una serie de hechos promovidos por grupos de revolucionarios, que expresaron en general uno de los aspectos de la radicalización de las capas medias

Un elemento a tener en cuenta en este terreno es que, producto del impacto causado por los Tupamaros y por la Fuerza de Marighela y Lamarca, y seguramente también por un acercamiento mayor al conocimiento de la realidad nacional y por un análisis objetivo de experiencias fracasadas, como la guerrilla de Salta, quienes comparten, aún con diferentes matices la idea de la guerra popular prolongada, van volcando su preparación y acción a las ciudades.

Otro hecho importante es que, entre los que van tomando ese camino se ha producido una clara diferenciación política, entre quienes se mantienen atados a la bandera del peronismo (Taco Ralo, FAP) y quienes, aún confusamente, tienden a un accionar independiente del mismo, como las FAL. Una característica común y que tiene que ver con las raíces de su concepción militar de la revolución, es su falta de independencia con respecto al populismo, incluso los más radicalizados, que en general se confunden en política con la izquierda del mismo. Estos grupos desarrollaron importantes acciones armadas de protesta (por ejemplo, cuando la llegada de Rockefeller) de apoyo a la lucha de masas, particularmente a las huelgas obreras. En muchas de estas acciones hubo coincidencias objetivas con acciones de nuestro partido. También realizaron importantes acciones de propaganda armada, aunque evidentemente, sus operaciones se han desarrollado principalmente en el terreno de abastecimiento y expropiaciones, destinadas a crear una fuerte base logística, que les permita, en su estrategia guerrillera, tener una fuerte infraestructura. Tanto su viraje en el terreno militar hacia las ciudades, como su objetiva ubicación política dentro de la izquierda del populismo crean la necesidad de desarrollar hacia estas fuerzas, desde nuestras alianzas insurreccionales, una política flexible de compromiso, acuerdos, y golpear juntos. A la vez y por las mismas razones, se plantea con ellos una fuerte disputa por la hegemonía de la clase obrera y por lo tanto en el bloque revolucionario. Esta disputa no es meramente teórica, es política y aguda. Lamentablemente algunas de ellas, han expresado esta disputa hasta en una política de entrismo hacia nuestro partido que, como hemos repetido otras veces, no aceptamos. Y no la aceptamos, porque entre revolucionarios sólo debe haber juego limpio y además porque la historia ha probado repetidamente, como en el caso de Marquitos Rodríguez en Cuba, que la policía suele utilizar esta política de algunas organizaciones revolucionarias, para su labor de infiltración.

En el terreno político, la disputa con estas fuerzas se expresa en cuestiones similares a la disputa con el populismo, particularmente con su izquierda. En el terreno militar en la actitud frente al desarrollo del movimiento de masas del proletariado.

Con respecto a quienes aún trabajan por montar la lucha guerrillera rural, no debemos olvidar que en la estrategia insurreccional de nuestro

partido, un objetivo táctico, es el desarrollo de zonas de guerrilla campesina que sirvan de apoyatura a la insurrección, por lo tanto, debemos estudiar hacia ellos también una particular política de alianzas.

Frente a estos grupos la actitud de las fuerzas represivas ha sido siempre, más o menos la misma. A diferencia del oportunismo, los valoran como un peligro real para el régimen. Desarrollan una paciente política de infiltración, para destruirlos políticamente en el momento oportuno, con la provocación organizada.

El otro nivel estuvo constituido por las explosiones obrero-populares de mayo-junio y setiembre. Nos movimos con escasos datos, principalmente, por la concepción político-militar con que actuábamos en esa época, que no nos permitió movernos con una visión acorde a las necesidades de la línea actual del Partido, consecuentemente proletaria-insurreccional.

Sin embargo, con lo que tenemos, creemos que podemos sacar algunas conclusiones de importancia.

Ambas explosiones, que tuvieron como centro, la primera a Córdoba, la segunda a Rosario, si bien se desarrollaron simultáneamente en ambas ciudades y en otras del interior (Salta, Tucumán, Tafí Viejo, Corrientes, etc.) y tuvieron rasgos comunes y algunos diferenciados, particularmente en el accionar de las fuerzas represivas.

Aspectos comunes: Estas luchas, que significaron un enorme paso en el desarrollo de la conciencia política, de la organización y de la violencia, en la clase obrera y en las masas populares, no salieron aún del terreno de la protesta. Las próximas, y este es el elemento clave en el aspecto militar de nuestra línea, deben transformarse en trampalines de la preparación insurreccional.

Esto estuvo estrechamente vinculado al carácter predominantemente espontáneo de las mismas. En las próximas luchas debe ir ganando terreno aceleradamente la fuerza organizada; por la vanguardia, por las organizaciones de masa en que ésta actúa y por las otras fuerzas revolucionarias. Lo organizado debe tender a ir creando estructuras insurreccionales permanentes.

A pesar de todo esto, por primera vez en mucho tiempo, son desbordados los dispositivos represivos habituales. Esto es producto de la masividad y la combatividad del proletariado y los estudiantes, pero también de la aparición semiespontánea, de algunas tácticas antirrepresivas exitosas.

Marcha de grandes columnas de manifestantes que no rehuyen el enfrentamiento con las fuerzas represivas, utilizando para la defensa y el ataque todo tipo de proyectiles y la molotov que se ha hecho de uso corriente.

Levantamiento de barricadas en las bocacalles para impedir el tránsito de los vehículos policiales. Producción de fogatas e incendios para impedir el efecto de los gases. Utilización por grupos de 10 a 50 personas de la técnica del señuelo y la emboscada, dirigida particularmente contra la policía montada a quien se le tendió todo tipo de trampas (cables de vereda

a vereda, bolitas, aceite o agua jabonosa en el pavimento, etc...) Ocupación de zonas (centro, barrios obreros, estudiantiles) con oscurecimiento por sabotaje, barricadas en las bocacalles con bolsones de resistencia y resistencia desde los techos y terrazas. Comienzo de utilización de armas de fuego, particularmente cortas. Francotiradores.

La represión: Comenzó actuando con los conocidos dispositivos de cerco re-resivo-defensivo alrededor de los presuntos objetivos de los manifestantes (plazas-centro de las ciudades). Una vez desbordados, adoptaron dos tácticas distintas, una en mayo, otra en setiembre. En mayo, donde la masa se mantuvo batallando sin interrupciones, la policía también lo hizo con sus tácticas habituales de combate callejero. Compañías de gases dispuestas en cadena tiraban sobre los manifestantes y si éstos se dispersaban, atacaban secciones de infantería en formaciones de cuña o diagonal. Buscaron evitar permanentemente el contacto directo, si los manifestantes no se dispersaban. Usaron la caballería como cuerpo de dispersión, pero en general a distancia y tirando a pegar, utilizaron las 45. También se utilizaron los camiones hidrantes (Neptuno) como arma de dispersión y los jeeps, automóviles y carros de asalto como transporte de infantería.

Cumplieron en general con las instrucciones re-lamentadas que tienen para casos CONINTES. Así, ofrecieron resistencia hasta la entrada del ejército, a la que nos referiremos después.

En cambio en Rosario en setiembre, una vez desbordada la policía se la retira totalmente y se la concentra en la jefatura y en las respectivas comisarías aparentemente con el objeto de no exacerbar más los ánimos. Allí se dio el hecho curioso de que las masas se dispersaron al mediodía y a la tarde salieron nuevamente a la lucha, pero ya en sus propias zonas de viviendas, levantando los propios moradores barricadas en las barriadas proletarias. Ante esto nuevamente la policía no intervino, limitándose a observar. Un hecho a notar, es que los grupos guerrilleros no se propusieron en general, consecuentes con su línea, liderar militarmente masas en estos acontecimientos. Una vez desbordados los efectivos policiales y al no cesar la lucha por parte de las masas, en todos los casos entró el ejército en acción.

Para ello utilizaron tácticas de contraguerrilla urbana, cuidando en todo momento de no avanzar en la represión mas allá de lo estrictamente necesario. Con ello lograron reducir las revueltas con la menor dosis posible de irritación popular. Utilizaron la aviación en vuelos rasantes de atemorización y reconocimiento. La infantería en general se movió motorizada y cuando echó pié a tierra actuó en formaciones de ocupación de localidades y evitando dispersarse. Cuando se vieron necesitados de tirar, lo hicieron a matar. Sólo tiraron al aire cuando ya había dispersión total y querían impedir por la vía del terror que la gente volviera a salir de sus casas. A la vez marcharon, en general, sin jinetas de identificación de grado. En lugares estratégicamente claves, emplazaron artillería.

Luego de los hechos se realizaron varios ejercicios de maniobras col-

trainsurreccionales y en varias provincias, el ejército tomó bajo su cargo el adiestramiento de policía especial contramotines. Algunos de estos cuerpos especializados comenzaron a desarrollar operaciones terroristas contra quienes suponen perturbadores. Por ejemplo en Rosario, rodearon a un grupo de muchachos, evidentemente estudiantes, sin detenerlos, y les dieron una paliza dejándolos malheridos. Después de mayo, desarrollaron como se recordará, una gran razzia represiva, particularmente contra la izquierda.

IV

Partiendo de todo lo antedicho y del desarrollo de la violencia durante 1969, queremos dar algunas opiniones sobre cómo prepararnos y cómo actuar en 1970, en este terreno.

1) Elemento clave, es la preparación no sólo política, sino también técnica para promover y utilizar los futuros acontecimientos, por parte del partido, que desarrollará como parte de dicha preparación operaciones de abastecimiento y propaganda armada.

2) Nuestra organización debe promover, como planteó el Congreso, la lucha contra la dictadura, no darle tregua, y a la vez utilizar los hechos de masa que se produzcan a través de la propaganda oral y escrita y del ejemplo, para elevar la conciencia y la organización insurreccional. Debe ayudar entonces, a que la masa en lucha derrote a la policía, adquiera prácticamente conocimientos tácticos, y se abastezca a costa de armerías, comisaría o destacamentos policiales, bancos, supermercados y grandes firmas comerciales.

La actitud hacia la policía no debe ser sólo la de combatir en los enfrentamientos, sino también la de hacerle llegar propaganda política que la inste a desobedecer, a rebelarse, a no tirar, a desertar. En cuanto a algunas cuestiones tácticas sólo queremos agregar, además de lo ya analizado a través de la experiencia práctica de mayo y junio, algunas cosas.

Hay que tender a llevar las manifestaciones de la manera más organizada posible, con cabezas y colas fuertes, que les den cohesión y autodefensa. Con cuerpos especiales de molotoveros, con tiradores, que eviten baños de sangre en los desbandes, haciéndoles de cobertura; con grupos especializados dedicados a la búsqueda y represión de los infiltrados policiales y al rescate de los detenidos. Hay que popularizar el uso de los transceptores con código, como valioso elemento de comunicación y enlace. No hay que elaborar planes de acción complicados, imposibles de aplicar por grandes masas no disciplinadas militarmente. Los planes deben ser sencillos y precisos, buscándose métodos que impidan que caigan en manos de los soplones antes de su aplicación.

Es importante, si hay suficiente número y combatividad, buscar el contacto directo con los efectivos policiales. Esto es lo que más los aterra y lo que puede permitir desarmarlos.

Es necesario multiplicar el trabajo político y la propaganda hacia la tropa y la suboficialidad de las FFAA. En caso de su puesta en acción por el enemigo, no ir al enfrentamiento directo aún, como norma general, aunque habrá que estudiar algunos casos en los que, por sus características polí-

ticas particulares, el enfrentamiento pueda servir para elevar la combatividad general. Sería prematuro, y de consecuencias desastrosas y contraproducentes, Sí, en cambio, hay que impulsar la confaternización, particularmente por medio de las mujeres, como forma de hacerles llegar la propaganda revolucionaria y de convencerlos para que se rebelen, se neutralicen o deserten.

3) Ir ~~combinando~~ el surgimiento de organizaciones de masa, o la conquista por los revolucionarios de las ya existentes, para desarrollar en las mismas la preparación y la organización militar..

4) Es de capital importancia que Buenos Aires tenga su "Cordobazo". En este sentido considerar el planteo del informe al Congreso cuando dice: "Para que en el Gran Buenos Aires se produzcan luchas semejantes a las de Rosario y Córdoba - teniendo en cuenta el peso que tiene aquí el aparato reformista en los sindicatos - es preciso que se produzca un gran estallido político; que combine, en primer lugar, a una parte importante del proletariado (algunos barrios de concentración obrera o algunos gremios importantes como metalúrgicos, automotores o ferroviarios) con la lucha de grandes masas estudiantiles (la lucha estudiantil en la Capital Federal fue durante mayo-junio una lucha que no volcó a la calle a las grandes masas estudiantiles) y que incorpore a las masas trabajadoras concentradas en algunas zonas de viviendas obreras de las llamadas villas miseria, que pueden transformar una lucha de masas en el Gran Buenos Aires en una lucha popular a la "plebeya".

V

Sólo hemos tocado algunos puntos del tema que nos propusimos encarar, creemos que es importante profundizar en el partido, vinculado al análisis político, el análisis del desarrollo de la violencia en nuestro país y sus perspectivas. Eso nos permitirá sacar las conclusiones y tomar las medidas políticas y organizativas, que permitan a nuestro partido llevar a la clase a las masas al éxito en ese terreno. Es necesario apurar el paso, de lo contrario, la táctica de "pudrir" las luchas, o la "salida" electoral, o la nacionalista escamotearán nuevamente, aunque sea de manera momentánea, la verdadera salida política para nuestra clase obrera y nuestro pueblo, ya que sólo el desarrollo de la situación política en un sentido revolucionario, puede abrir perspectivas promisorias.

LA EXPRESION POLITICA DE LAS CLASES SOCIALES ARGENTINAS

lucas figari

Al igual que 1968 en Francia, 1969 tuvo su mayo en la Argentina. Después de estos estallidos deben repensarse todos los problemas de la sociedad y sus superestructuras en nuestro país. Uno de los temas claves reside en dilucidar el cauce que van tomando las fuerzas políticas, su juego mutuo, y, descubrir, a través de ese entrelazamiento, la forma de actuar de las clases y capas sociales en el terreno del combate por el poder del Estado.

En estas notas trataremos de abordar el problema según los datos actuales, vale decir en un momento en que todavía hay gran imprecisión acerca del tipo de agrupamientos políticos que se delinearán, en sus formas concretas. Por eso, en lugar de estudiar los grupos políticos en concreto, tarea que debe hacerse pero cuyos datos se modifican día a día, hemos preferido partir de las clases y capas sociales y a través de ellas estudiar sus modalidades generales de expresión político-ideológica. Sabemos que esta elección implica el riesgo de caer en esquemas poco dúctiles. Trataremos de salvar este peligro en la medida de nuestras posibilidades: corre a cargo del lector la utilización de otros elementos de corrección y actualización, que a no dudarlo serán indispensables en el lapso que va desde que se escriben estas líneas hasta el momento en que sean leídas.

Sociedad y política

Es una verdad comprobada el enunciado marxista que establece una relación profunda entre las clases sociales y las formaciones políticas. Esta verdad suele ser simplificada hasta la exageración cuando se llega a formular una correspondencia rígida y mecanicista entre unas y otras. En general los períodos de tensión revolucionaria suelen dar origen a un paralelismo más nítido entre clases (1) y formaciones políticas, mientras los períodos de dominación social no cuestionada a fondo permiten un juego más complejo con una variedad casi ilimitada de combinaciones políticas.

Es cierto que siempre, de una u otra manera, los grupos políticos operan en el terreno superior de la lucha de clases. Lo que interesa dilucidar es la correlación que hay en cada momento entre las "formas" políticas y los "contenidos" de clase. Para esto conviene aclarar que en este caso decimos forma o contenido sólo en sentido aproximado, relativamente metafórico. El andamiaje político debe su existencia, en última instancia, a la estructura económico-social, pero a veces esta estructura se muestra más desnuda, otras está oculta, otras la erección del andamio parece no corresponder al edificio que se está elevando. De cualquier modo, el andamiaje se monta con

leyes propias que deben estudiarse en particular. Por tanto debemos establecer las condiciones "límites" de relación entre clases y grupos políticos.

El condicionamiento está dado por una serie de factores socioeconómicos objetivos que permiten que un grupo político se desarrolle. a) Estos factores obran como límites inferior y superior, fuera de los cuales es imposible- por tanto utópica- la existencia valedera de una formación política. Por ejemplo, antes de un grado mínimo de maduración social del proletariado es impensable un partido político autónomo de la clase obrera. Podemos dar un ejemplo: en 1921 Lenin se entrevistó con una delegación de la República Popular de Mongolia. Es casi innecesario recordar las condiciones de atraso social y económico que caracterizaban a este país. Ellas explican la tercera pregunta hecha por la delegación y la respuesta de Lenin. "Tercera pregunta: ¿No convendría que el partido popular revolucionario se transformase en partido comunista?". Respuesta: "No lo recomendaría porque no se puede transformar un partido en otro". A continuación, el camarada Lenin explicó la esencia del partido comunista como partido del proletariado, y dijo: "Vuestros revolucionarios todavía tendrán que trabajar mucho en la administración política, económica y cultural para que los pastores se conviertan en una masa proletaria, que más tarde ayudará a transformar el partido popular revolucionario en partido comunista. Un simple cambio de rótulo es algo nocivo y peligroso" (2).

El hombre que había dedicado su vida a demostrar que- pese al retraso de Rusia- en su país estaban dadas las condiciones para la organización autónoma del partido del proletariado y para la revolución que, encabezada por los obreros, llegara al socialismo, comprendía cabalmente que esa lucha requería una base mínima, un límite inferior, bajo el cual la esencia de clase desaparecía. Hay un límite superior, dado por la desaparición de la clase que sustenta a un partido, en un grado extremo, por la desaparición de sus supervivencias.

b) Los factores socioeconómicos que actúan entre la cota mínima y la cota máxima tienen también su incidencia en la marcha de los aglutinamientos políticos. Pero esta incidencia obra a través de las leyes específicas de la esfera política. Por ejemplo, factores tales como una depresión, auges económicos, mayores o menores tasas de explotación, etc., no dejan de producir sus efectos sobre los grupos políticos. Pero debemos reusar la tentación "sociologista" de explicar las reacciones políticas por la mera acción de estos factores. La verdadera dificultad de la ciencia política estriba precisamente en este terreno. Los partidos (o grupos, tendencias, etc.) se mueven en un ámbito propio, el de la política. Este ámbito depende en grandes líneas de la formación económico-social. Una vez establecida -y relativizada- esta dependencia, se impone reconocer una multitud de leyes propias del juego político, leyes que a su vez varían según los intereses que se quiera representar (por ejemplo, el papel de la democracia, de la expresión de los anhelos populares, varía de signo de acuerdo con la clase o capa que se quiera expresar). Estas leyes políticas (entre las que

se incluyen las de la violencia, inherentes a todo Estado, en la sociedad dividida en clases) deben ser estudiadas minuciosamente. Pero, a la vez, en el desarrollo de un partido su vida misma, depende de la forma en que sepa interpretar y reaccionar frente a estos "datos" sociológicos que demarcan su camino.

La superestructura política tiene su historia, crece, se estanca o se desvía a partir de materiales que conservan su especificidad. Esto es válido también, por lo tanto, para los partidos políticos. Ellos tienen su historia, nacieron en un momento de la sociedad, se reprodujeron, murieron, aparecieron otros al margen de los existentes, hubo absorciones, escisiones. El Partido, con mayúsculas, no nace por acto automático de las fuerzas históricas. El panorama es más humano, lleno de flaquezas y tanteos. Se forman múltiples grupos, a veces se fusionan, por lo común se dividen, tantean, hacen experiencias, a veces se disfrazan con trajes del pasado, otras inventan vestimentas del futuro, algunos no tienen en absoluto conciencia del papel que representan -aunque a veces actúen muy bien -; en medio del aparente caos, alguno - más de uno de estos grupos va ocupando el lugar que corresponde llenar. Y ocupa dicho lugar con todos los arrastres que impurifican esa marcha que intentamos sugerir. En ocasiones el lugar resulta ocupado por un grupo que reúne imperfectamente las condiciones para hacerlo. Esto sucede con más probabilidad cuando estos núcleos, todavía proyectos de partido, deben abrirse paso en un ámbito político dominado por partidos fuertes que responden a otras clases.

En ocasiones el "ocaso" - que puede ser el surgimiento de otros de los partidos políticos representa un punto crítico de toda la superestructura política. Pero si este ocaso de una forma no responde a cambios revolucionarios, los partidos ceden paso temporariamente a otras formas (los factores de poder y grupos de presión) que cumplen de una manera modificada funciones similares. El esquema "marxista" divulgado por el oportunismo y el revisionismo, muy influenciado por un período en el desarrollo del capitalismo, pretende que siempre es preferible un sistema claro de partidos a un sistema más disimulado de expresión partidista a través de factores de poder y grupos de presión. En apariencia opuesto, el esquema sociológico de teóricos al servicio del sistema ansía demostrar que todo retroceso en el sistema de partidos es una profundización del avance social, que pone más claramente al desnudo la acción propia de los grupos reales en la sociedad. Esto último, sea en sus expresiones más reaccionarias (corporativismo), sea en sus manifestaciones seudopopulares (ideologías populistas), tiende objetivamente a sustraer a la clase obrera toda posibilidad de actuar con autonomía en la superestructura política, ya que los llamados factores de poder y grupos de presión no son sino elementos de integración en el sistema de las clases dominantes.

En cambio, el partido político del proletariado se construye fuera de ese sistema, asentado en pilares (en "reglas de juego") que no sólo le son extraños sino que lo combaten directamente. Por eso la necesidad de obrar en el plano de la política, que es para la clase obrera tratar de quebrar ese plano político y sustituirlo por uno nuevo, requiere la autonomía política como patíbulo, su organización consciente que actúe en el campo de la superestructura política.

En cambio la oposición al esquema sociológico que universaliza la decadencia de los partidos políticos suele utilizar argumentos de democracia formal que, como lo hemos indicado, han sido teorizados por el revisionismo y el oportunismo "marristas". Según esta teorización el proletariado debe luchar por restaurar la pureza del sistema de partidos. De otra manera, esta respuesta es, igualmente, una integración en el sistema. Para la clase obrera la crisis en el mundo de los partidos burgueses no constituye un mal síntoma, e incluso puede ser aprovechada para robustecer su propia acción autónoma, a través de su partido político. Pero para que esto sea posible, deben tenerse en cuenta las leyes más generales de la superestructura política, que expresan en este plano las fuerzas decisivas de la sociedad.

Uno de los rasgos de la superestructura política es la relativa estabilidad de los partidos y grupos que alcanzan superar un mínimo de peripecias históricas. Una ó varias derrotas no bastan para desintegrar un partido, así como uno ó varios aciertos no confieren certificado de consolidación. Otro rasgo es el grado de autonomía de las fuerzas que se mueven en la superestructura política y las clases ó capas que les corresponden en cada formación social: podría decirse que para cada clase, capa o fracción aparecen varios postulantes a constituirse en su expresión política, y que a lo largo de zigzagueos y de una trama compleja, lo que se mueva en la estructura y lo que marcha por la superestructura política van decantando una serie de actividades que son las que deciden "en última instancia". Un rasgo más a retener es la diferencia que existe entre la "base" o "composición social" de un partido y los intereses de clase que representa (con todas las complicaciones que surgen en los casos en que base y contenido de clase no se corresponden, juego de influencias mutuas, concesiones, etc., que soporta cada armazón partidaria). Digamos más: de acuerdo con el grado de estabilidad puede ceder que un grupo político cambie de "contenido", o que su base "migre" y sea sustituida por otra.

Hemos abordado estos temas aún a riesgo de complicar demasiado la primera parte de estas notas, porque no podríamos hablar de la relación entre clases sociales y política en nuestro país si no fijamos algunos puntos previos, indispensables para que nos expresemos con un mayor grado de precisión que el reinante hasta ahora.

LAS CLASES DOMINANTES

El régimen capitalista dependiente adquirió, a fines del siglo pasado, su fisonomía característica para la Argentina. En su primer período el núcleo de constitución del capitalismo dependiente se concretó en la alianza de la clase terrateniente con el capital de las metrópolis, capital que iba abandonando la etapa de la libre concurrencia para ingresar en la era del monopolio. Vale decir que las peculiaridades locales definieron al mismo tiempo y en un todo orgánico, tanto los modos capitalistas de comportamiento económico como la dependencia con su arrastre de deformación e incrustaciones pre-capitalistas.

El esquema ha ido modificándose con los años, pero su estabilidad básica (la que define el carácter capitalista dependiente) logró mantenerse. En realidad la imagen ideológica de la Argentina que se forjó entonces no es sino el reflejo de esa estabilidad básica. Expliquémoslo. La Argentina "pastoril", "agropecuaria", es un dato objetivo que suele emplearse falseadamente. Todo el período de hegemonía terrateniente en nuestro capitalismo dependiente, no es, como parecen sugerir los adjetivos, de retraso en el desarrollo de las fuerzas productivas, sino de auge con deformación. Por eso, esas décadas dejaron su sello profundo, no solamente en el posterior curso de la economía, sino también en la representación ideológica, en los "mitos" que quedaron incorporados al "sentido común", a los "valores admitidos", vale decir, en los resortes de la hegemonía ideológica ejercida por las clases dominantes. Tomemos algún ejemplo. El progreso idealizado como patrimonio común llevó al Partido Socialista -primero- y en buena parte al Partido Comunista -más tarde- a entrar en el juego ideológico de las clases dominantes. La democracia formal, íntimamente conectada con cierta vaga noción de urbanidad y buenas costumbres, aparece como algo perdido que debe reconquistarse. (Este es uno de los temas caros al oportunismo del Partido Comunista-Comité Central). Tras esta falsedad se oculta el fraude, el aristocratismo de la "vida cívica", la ley de residencia (de deportación de extranjeros), la prepotencia de los comisarios. En la Argentina capitalista dependiente no ha habido democracia, siquiera fuera la democracia burguesa plebeya al estilo de la Revolución Francesa. Por qué logró tal desarrollo y permanencia ideológicas la imagen que de sí misma dió la clase hegemónica, la oligarquía terrateniente?

En nuestra opinión la perennidad ideológica está fundada en dos hechos capitales: a) la formación bajo la hegemonía oligárquica de un esquema de clases que no ha sufrido hasta el presente ninguna ruptura revolucionaria, caracterizado por haber sabido adaptarse y renovarse ante las nuevas circunstancias, sin negar jamás su esencia; b) la formación paralela de un tipo de Estado que - con variaciones periféricas mayores que la estructura de clases - pudo mantener durante decenios sus rasgos esenciales: alejamiento de las masas populares del ejercicio efectivo del poder (encubierto por posibilidades electorales), la constitución,

la independencia del Poder Judicial, etc. En este tipo de Estado se fueron acumulando modificaciones bastante grandes, pero el sistema de partidos políticos a que dió origen supo ir adaptándose a ellas y supervivir en su esencia.

Veamos un poco más de cerca. Las clases sociales que explotan fuerza de trabajo y aún los pequeños productores individuales crecieron bajo el ala del sistema (3). El esfuerzo rector en la acumulación de capitales en la industria surgió también del seno de las clases dominantes. Vale decir que ni la modificación del sistema de tenencia de la tierra, ni el desarrollo industrial autónomo pudieron ser sostenidos por clases dispuestas a quebrar el dominio de terratenientes, gran capital y monopolios extranjeros. La única clase que potencialmente podía aglutinar estas reivindicaciones con las propias era el proletariado, pero a su vez esta clase sufrió limitaciones específicas que veremos más adelante.

No es casual entonces que el "liberalismo", tal como se lo entiende en nuestra política, tenga raíces tan hondas - además del sector tradicional de las clases dominantes - en las capas medias rurales y urbanas. La mejor expresión de éste arraigo la encontramos en una corriente política: el radicalismo. Pero, por lo arriba apuntado, el "liberalismo" ha hecho estragos en algunos sectores de la clase obrera también, sobre todo los que lindan con el artesanado y aquellos grupos de trabajadores estatales no industriales que han constituido la base del Partido Socialista. En la medida en que el marxismo revolucionario encarnó en el Partido Comunista, éste tomó distancias del esquema liberal. Pero también en la medida que fue deformado por corrientes revisionistas y oportunistas, los próceres y la ideología liberal pasaron a sus altares.

Tal vez el rasgo típico de la formación de nuestra superestructura política e ideológica consiste en que, a la sombra del predominio liberal, surgió y se desarrolló la corriente nacionalista. El nacionalismo inicial expresó con nitidez las limitaciones del capitalismo dependiente. Fue una expresión de las capas dominantes y no una reacción contra ellas. Por tanto su centro fue antipopular. El carácter inmigratorio de buena parte de la clase obrera puede ser la clave para explicar el apareamiento de una saña antiobrera desmesurada con temas nacionalistas. Por la otra cara este nacionalismo no alcanza a romper el modelo ideológico liberal.(4)

Es lo que se ha llamado "nacionalismo oligárquico". Tras esta denominación se agazapa un equívoco, que consiste en identificar oligárquico con no capitalista, cuando en las condiciones argentinas es todo lo opuesto. Precisamente en el desarrollo de la oligarquía criolla pueden encontrarse períodos proteccionistas e ínfulas industrialistas, que alternan con las más constantes motivaciones libre-cambistas y rurales. Es que esa oligarquía fue la clase típica del capitalismo dependiente argentino. En el juego entre fracciones de clases dominantes fue surgiendo en el panorama político un nacionalismo que, tardíamente, reco-

(1) Ver fe de erratas.

gió algunos temas industrialistas y retomó toda la temática corporativa que emergía en Europa. En este nacionalismo predominaron originariamente temas nativos propios de los sectores marginales (por decirlo de alguna forma) de la oligarquía terrateniente junto con los temas universales del nacionalismo europeo cuyo ideólogo fue Charles Maurras. Mussolini y luego Hitler dieron la tónica hegemónica a medida que se afianzaban los fascismos en el viejo continente. Pero tras este nacionalismo tradicional se guía siempre la sombra de un equívoco de dimensiones trágicas: los nacionalistas ortodoxos trabajaban denodadamente por su "revolución" en la superestructura y cada vez que la ansiada "revolución" llegaba no era sino para afianzar a una variante liberal de las clases dominantes. Así pasó en 1930; en 1943 estuvo a punto de repetirse este fenómeno, pero la aparición de un hecho nuevo, el peronismo, alteró radicalmente el esquema político aunque conservando el acostumbrado rasgo de la declinación de los nacionalistas ortodoxos; en 1955 se dió el esquema en forma clásica.

En la década del 30 se acumulan -no sólo económicamente- las condiciones para un desarrollo industrial. En esas circunstancias intentó perfilarse una corriente política nacionalista más estrechamente conectada con las perspectivas de una burguesía industrial. Pero resultaba difícil romper los moldes políticos e ideológicos del nacionalismo ya existente. En general los intentos de formar esta corriente política se vieron trabados por la filiación aristocratizante del nacionalismo criollo o por sus simpatías fascistas. De todos modos, la multitud de ensayos probó que algo se estaba incubando y más tarde o más temprano, algo iba a estallar. Desde el nacionalismo de Forja -surgido a partir del radicalismo- hasta el de Manuel A. Fresco -exponente de "régimen" conservador- pueden anotarse variados matices. Sin embargo ninguno de ellos fructificó hasta la aparición del peronismo.

El peronismo es un hecho político muy complicado, que responde en esencia a las clases dominantes, pero con una heterogeneidad y con procesos tan especiales que debemos partir de otras consideraciones para enfocarlo.

En primer término, recordemos que en los años de formación del peronismo, el desarrollo industrial hegemónico por la gran burguesía abarcó -socialmente- capas más amplias. Al producirse un crecimiento capitalista industrial se produjo, transitoriamente, un reagrupamiento burgués. La gran burguesía industrial pudo obrar sin mayores contradicciones, conjuntamente con otras capas burguesas inferiores. Las diversas capas burguesas entraron en un juego muy particular. Se subrayaron sus intereses comunes a la vez acentuó la fricción no antagónica entre las capas industrial y terrateniente. Es decir que capas burguesas no hegemónicas se hallaron mancomunadas con la capa hegemónica y a la vez enfrentadas en bloque a la fracción terrateniente. Mientras tanto, las peculiaridades dependientes del país imposibilitaban que las capas burguesas no ho-

gemónicas lograran la hegemonía. En cambio, las transformaciones económicas llevaron al ascenso social de determinados grupos, lo que implicó una variación en la composición de la capa burguesa industrial hegemónica. Mientras tanto, en torno a esta fracción hegemónica -que era y no era la continuación de la anterior burguesía industrial- se recomponía la alianza entre gran burguesía y terratenientes, entroncados y en el marco de la dependencia del capital extranjero.

Estos procesos sociales y económicos se expresaron con bastante aproximación en la corriente política que se denominó peronismo. Inicialmente tuvo el carácter de un movimiento burgués (nacionalista burgués) con base esencialmente obrera. Con el transcurso de los años fue precisando el sentido que tenía la palabra burgués, a medida que de la comunidad inicial entre diversas capas burguesas urbanas se transformaba en enfrentamiento mutuo y a medida que la cúspide burguesa industrial y financiera, dejando de lado el enfrentamiento inicial con los terratenientes, fue recomponiendo la alianza de clases dominantes.

Pero los viejos moldes ya no servían para el nuevo contenido (5). Sobrevino así la llamada Revolución Libertadora. En ella se pusieron a prueba el esquema "nacionalista" clásico y el liberal, que tuvo más éxito. Pero ni uno ni otro estaban preparados para el desarrollo capitalista dependiente tal como se dio. Del seno de las clases dominantes surgió el desarrollismo. Este expresa con claridad la adaptación del esquema dependiente y busca un camino de crecimiento económico sin salirse de él. En política intenta una absorción del peronismo, e ideológicamente busca una "superación" de la polémica entre liberales y nacionalistas, aunque en sustancia revela simpatías de fondo por los nacionalistas. Como se ve, esta nueva corriente se mueve en un universo de contradicciones propias, a más de las inherentes a la sociedad argentina. Para prosperar necesita una cierta "paz social" que su propia heterogeneidad no puede darle. Por eso cayó en 1962 y por eso ahora intenta, no sin éxito, amoldarse a las situaciones creadas y trabajar desde su interior, como lo hace con el gobierno Onganía.

El proceso de concentración y centralización monopolista se abre camino también en su repercusión en el mundo de la política. Las concepciones tecnocráticas se unen al autoritarismo para configurar las líneas directrices de la ideología de este proceso en la Argentina. Todavía no está claro cómo se reflejará en sus formas concretas en la superestructura política, ya que los tres años del gobierno de junio 1966 no han permitido cristalizar una estructura partidaria y la estabilidad gubernamental ha quedado entre inquietantes signos de interrogación.

De todas maneras, es necesario señalar a esta altura un rasgo de nuestra superestructura política. Debido a que durante su formación los grupos políticos no han pasado por la escuela de una lucha de clases frontal, antagónica, hay una tendencia especial a la interpenetración, al

fraccionamiento en alas que expresan contradicciones reales que no son antagónicas. La aparición de alas reflejó una tendencia de la clase terrateniente: expresarse en el seno de las grandes formaciones políticas y luchar por hegemonizarlas desde su interior. Los terratenientes han perdido la hegemonía, pero el conjunto de las clases dominantes prosigue la misma práctica. Un grupo político refleja en un período la tendencia triunfante entre las clases dominantes, pero al tiempo en otros grupos políticos subsisten alas que expresan igual tendencia, y viceversa.

La concentración y centralización monopolistas han alcanzado un grado tal que la "vieja" política ha hecho crisis. Esta crisis corroe especialmente a la rama cuya ideología ha sido hegemónica, el liberalismo, pero éste se adapta, conservando una cierta continuidad. En cambio, en nuestra opinión, el nacionalismo no se ve afectado principalmente por el desgaste, sino que se encuentra trabajado por factores explosivos internos. Ello explica la fuerza de las corrientes liberales, históricamente envejecidas, y la marcha zigzagueante del nacionalismo clásico, que trabaja ideológicamente temas cuya respuesta está únicamente fuera de esta corriente, en el proletariado o en la dependencia sumisa del imperialismo.

La concentración y la centralización monopolistas plantean la necesidad de un nuevo "modelo" de país. Las clases dominantes deben buscar, así como lo logró la oligarquía en sus tiempos de oro, una solución capitalista compatible con la existencia del sistema imperialista mundial. En la dificultad de encontrar esa solución socioeconómica está la raíz de la crisis en la superestructura política e ideológica. En esta década no es fácil para la oligarquía burguesa terrateniente lograr lo que alcanzaron sus predecesores el siglo pasado. Los movimientos de liberación social y nacional socavan el sistema imperialista mundial, mientras la perspectiva de un desarrollo capitalista autónomo se aleja hasta el infinito para países como el nuestro.

Estamos asistiendo a un esfuerzo gigantesco de las clases dominantes para acuñar este nuevo modelo, única garantía de su subsistencia. Para ello acuden a los materiales más aptos para asegurar el curso económico deseado y al mismo tiempo abrir el máximo campo a sus aspiraciones de consenso popular.

Entre los múltiples postulantes a ocupar ese lugar que posiblemente la historia sólo conceda por breve tiempo, o que quizás no conceda del todo, está la corriente socialcristiana. En ella se reflejan todo tipo de influencias político-ideológicas, pero esto no impide que un sector de las clases dominantes trabaje con tesón para articular una salida al capitalismo dependiente al amparo de una solución política socialcristiana. En la medida en que esto ocurra, además de las contradicciones propias del enfrentamiento de clases y capas sociales, habrá que estudiar los fenómenos que indudablemente se sucederán a partir del empalme entre

los elementos de derecha del socialcristianismo con similares tonalidades del desarrollismo, por una parte, y otra su choque inevitable con la radicalización que la lucha de clases imprimirá a un sector de la corriente socialcristiana.

LA CLASE OBRERA

El proletariado tuvo fisonomía propia desde tiempos tempranos en nuestro país. El capitalismo dependiente necesitó de mano de obra asalariada en las ciudades y en el agro. Esta necesidad introdujo rápidamente relaciones laborales en que la oposición entre capital y trabajo como se da en otros países aparecía en su aspecto más desnudo. Además, el carácter inmigratorio de la mayoría de la clase proletaria obraba en favor de esta oposición. En efecto, aunque estos extranjeros no eran proletarios por su origen, o eran proletarios rurales (hablamos de la mayoría de los casos), al incorporarse al naciente proletariado urbano de la Argentina se encontraban desposeídos de todo, incluso de la comunidad cultural, para enfrentar la más desnuda relación entre explotadores y explotados. La extracción de plusvalía era el único vínculo que unía, como la soga al ahorcado, a la clase obrera con las clases poseedoras. Por eso la lucha de clases proletaria sentó sus reales tempranamente en nuestro territorio.

El papel del proletariado en esos años era verdaderamente singular: casi totalmente extranjero, desconocía o conocía a medias la lengua, ignoraba las tradiciones y a veces tenía una noción menos que mediana sobre la geografía del país. Pero al mismo tiempo el desarrollo de las fuerzas productivas recaía esencialmente en esta clase. Y recuérdese que no se trató de un desarrollo incidental, ya que con él cambió el paisaje, hábitos, composición demográfica, etc. de la Argentina. Para cumplir con su cometido propio y liberarse de la explotación del hombre por el hombre, nuestra clase obrera debía constituirse en "clase nacional", vale decir en clase que aglutinara todas las contradicciones que trababan el desarrollo de la sociedad argentina, tanto en el plano estructural como en los planos superestructurales.

Un intento de emprender esta gigantesca tarea fué acometido en el período en que actuó el grupo del semanario El Obrero inspirado por Germán Ave Lallemand. Pero tuvo breve duración y rápidamente - desde 1896 dominó el revisionismo antimarxista de Juan B. Justo o el más descarado todavía de los Nicolás Repetto. El revisionismo teórico y el oportunismo político fueron creciendo en el Partido Socialista. Reconocerlo no significa desprestigiar las luchas de clase que llevó el proletariado durante décadas, desprecio que ha sido cultivado por la ideología del nacionalismo burgués. Por el contrario, debemos comprobar el auge de las luchas de clase para averiguar sus limitaciones.

Todo destacamento nacional del proletariado debe combinar los intereses internacionales de su clase con la resolución de los problemas nacionales específicos que caracterizan a cada país. En la resolución de

estas tareas, las primeras décadas de nuestro movimiento socialista mostraron que - a pesar de todas las limitaciones- el sentimiento de solidaridad internacional existió con bastante vigor; mientras, la noción de que había tareas nacionales, de que el proletariado debía fusionar en su lucha revolucionaria diversas contradicciones, que en su conjunto definían el perfil nacional de la revolución en la Argentina, era una noción inexistente. Esta inexistencia se explica si observamos cómo avanzó paulatinamente el economismo en el seno del movimiento obrero, ya que al castrarse las perspectivas revolucionarias del movimiento socialista, la problemática concreta de la revolución no se planteaba, pura y simplemente.

Hemos marcado limitaciones esenciales de la política obrera argentina durante décadas. Ello no significa, sin embargo, olvidar otro hecho de gran importancia: durante este período la clase obrera se expresó en política con un cierto grado de autonomía. Luchas importantes, huelgas, explosiones callejeras, manifestaciones, mítines y acciones políticas cotidianas fueron los hitos de la presencia proletaria. La lucha de clases, aunque amortiguada y reducida sobre todo al plano económico, aparecía sin embargo en relieve propio. Esta presencia se fue inscribiendo cada vez más en el marco de la subordinación al juego de la oligarquía gobernante.

En 1917, con la Revolución Rusa, el sistema capitalista mundial fue desgarrado en sus entrañas. La historia cambió su curso también para la Argentina, aunque sea en la medida en que el rumbo local está condicionado por la marcha mundial. Aparecieron el Partido Socialista Internacional, luego Partido Comunista,

A partir de la formación del Partido Comunista se abre un período que no ha sido seriamente estudiado. Entre la apología del Esbozo de Historia oficial de dicho partido y las calumnias del anticomunismo es difícil intentar una reconstrucción histórica más o menos científica. Dejaremos para otros trabajos un análisis detallado de los éxitos y limitaciones del Partido Comunista hasta 1940.

De todas formas, hasta ese momento las expresiones políticas del proletariado (el Partido Socialista y el Partido Comunista) habían infundido una ideología socialista -aunque limitada- a la porción más activa del movimiento obrero. Cuando la clase obrera se manifestaba en política lo hacía de una manera más o menos autónoma.

Dejamos apuntados estos rasgos muy generales porque hacia 1940 se desarrolló una concepción política que varió radicalmente la situación señalada (dentro del Partido Comunista). Al calor de la guerra mundial prosperaron internacionalmente, y en especial en la Argentina, las ideas de Earl Browder (secretario general del Partido Comunista de EE. UU.). El "browderismo" llevó a los partidos comunistas que contaminó a la zaga del imperialismo estadounidense y de sus respectivas burguesías locales, en la medida en que éstas burguesías participaban de la coali-

lición mundial antifascista. En la Argentina el problema fue particularmente grave. En aras de la guerra contra el fascismo se declinó el ataque contra la alianza del imperialismo anglo-yanqui con los terratenientes y la gran burguesía criolla. Esta desviación se produjo: a) cuando en el seno del movimiento obrero organizado los comunistas afianzaban sus posiciones a costa de un retroceso del reformismo socialista; b) cuando se produjeron los cambios más radicales en el origen de nuestro proletariado, dicho sea de otra manera cuando en lo interno del movimiento obrero había condiciones para derrotar las coacciones economistas y reformistas y librar la batalla para conquistar a los nuevos destacamentos proletarios para una lucha revolucionaria, que en este caso ya no podía dejar de fusionar con sus aspiraciones propias las aspiraciones nacionales del pueblo.

• Estamos demasiado acostumbrados a un análisis resignado de estos hechos, compuesto de fatalismo y de acumulación de datos socioeconómicos que parecen imponer un curso nacionalista burgués al proletariado que emergió en esos años. En nuestra opinión esto no era fatal. Hubo un campo de batalla posible entre la autonomía de clase y la inserción en una variante burguesa, pero esa batalla se dió tan mal que a los efectos prácticos no existió. No hubo una alternativa revolucionaria encarnada en el proletariado consciente y otra burguesa. No. Los polos fueron la Unión Democrática y el nacionalismo burgués peronista. En este juego el papel independiente del Partido Comunista se borró, la ideología socialista pasó a sectores marginales del movimiento obrero y la clase obrera quedó encerrada mayoritariamente en los marcos del reformismo y el nacionalismo burgueses.

En el esquema político-ideológico de las clases dominantes se había producido una variación, nada despreciable. Los mecanismos de sujeción del proletariado se habían "interiorizado". Hasta ese momento los instrumentos de consenso que habían arbitrado las clases dominantes contaban con la necesidad de subordinar una estructura político-ideológica con un grado relativo de autonomía, fácilmente reconocible como expresión de una clase, el proletariado. El consenso pasaba ahora por un "movimiento" policlasista cuyo contenido no era ecléctico, sino burgués. Es cierto, y lo veremos a continuación, que este cambio en el dispositivo de consenso entrañó otro tipo de concesiones, algunas de importancia, por parte de las clases dominantes. Pero no podemos perder de vista el cambio, ni arriesgar valoraciones moralistas ("es mejor", "es peor"). Es necesario ubicar ese cambio en las nuevas perspectivas que se abrieron para la lucha de clases, fueran ellas favorables o desfavorables.

El oportunismo predominante en el Partido Comunista es lo determinante para juzgar el sentido en que marcharon los acontecimientos. Es normal que la burguesía haya buscado subordinar a la clase obrera. Igualmente normal resulta la trayectoria del reformismo socialista. Por

eso, al margen del peso numérico del Partido Comunista, su papel en la creación de una corriente que enfrentara al nacionalismo burgués en auge era decisivo. Hay quienes piensan que tal valoración peca de megalomanía; quienes razonan así no valoran cualitativamente las corrientes políticas, sino que se detienen en la superficie, en lo cuantitativo. Ven entonces el poderío de las tendencias burguesas tal como se expresaban y no ven que en este juego quedaba un vacío, el lugar que correspondía al proletariado y que había tradiciones, sindicatos, herencia de luchas que permitían, en el terreno de la superestructura política, que una fuerza proletaria ocupara ese lugar y desde allí librara la batalla contra el reformismo y el nacionalismo burgueses en auge.

De todas maneras, es preciso analizar la marcha política e ideológica del proletariado en el seno del peronismo. Desde ya sabemos que no todos los sectores obreros fueron peronistas (hubo algunos que apoyaron a los partidos "tradicionales", otros siguieron al Partido Comunista), pero el peronismo ha sido desde 1945 a 1955 y más suficientemente mayoritario dentro de la clase obrera durante este período que estudiaremos sólo lo que se refiere a esta corriente política.

Se ha puesto habitualmente el acento en el carácter nacionalista burgués del peronismo. Ello es cierto pero no basta para explicar cómo la burguesía pudo "internalizar" en un movimiento de forma policlasista tanto a la mayoría de las viejas organizaciones proletarias como al grueso de los nuevos integrantes de la clase obrera. Hay otro componente que conviene analizar en primer término.

El peronismo corporizó en formas nacionales específicas el reformismo burgués. Es decir que el centro de su política y de su labor ideológica estuvo en moldear reformas que significasen concesiones a las masas. El período de formación y consolidación del peronismo está marcado por el otorgamiento de mejoras a las clases populares y por algunos aspectos de la política externa e interna en que se recogieron temas de soberanía nacional.

Fueron hechos efectivos, no "demagogia" y precisamente gracias a la existencia real de estos hechos, se pudo consolidar de manera tan durable la forma político-ideológica denominada peronismo. En cierta forma, así como la oligarquía de fin de siglo pudo construir de sí misma y del país una imagen que adquirió modos tan perdurables gracias a que su proyecto económico-social tuvo plena realización; la imagen elaborada por las capas burguesas industriales tuvo también un margen de logros concretos que apuntalaron su éxito. Pero en la comparación resaltan las diferencias: el proyecto liberal moldeó un país en la matriz del capitalismo dependiente, el proyecto peronista tendía sólo a reajustes - importantes algunos de ellos - en el modelo que ya caducaba, pero no podía proponerse una ruptura del molde, ya que ello entrañaría el ascenso y hegemonía de fuerzas sociales antagónicas con los intereses rectores del peronismo, que eran los de la gran burguesía industrial. Este es el doble

contenido de la expresión "reformismo burgués", ten poco empleada para referirse al peronismo. Por una parte concesiones efectivas, palpables; por la otra renuncia a toda aspiración verdaderamente revolucionaria.

Este proceso de dos caras caracteriza la progresión de la conciencia política de los obreros en el seno del peronismo. Las organizaciones sindicales adquieren un gran peso, en el juego de los "factores de poder" ofrecen un relieve muy destacado. El centro de la vida política y social pasa ahora por sonquistar a las organizaciones de los trabajadores. A la vez la hegemonía burguesa en política y en ideología se refuerza desde esta paulatina inserción de los trabajadores en un proyecto nacionalista burgués. Es importante apuntar que los enfrentamientos (aunque no profundos) entre las capas burguesas urbanas dominantes y los terratenientes, así como el enfrentamiento objetivo que hubo temporalmente con el imperialismo de EE. UU. reforzaron en grado importante la impresión que tenían los proletarios (sobre todo los de extracción rural) de que ese gobierno era el suyo, gobierno antiimperialista y antioligárquico. Las concesiones económicas y las nacionalizaciones que favoreció la especial coyuntura de posguerra tuvieron con un cierto tono anticapitalista (esta vez sí demagógico totalmente) que reforzó para los obreros las expectativas en un gobierno que creían propio.

El uage del peronismo se apoyó orgánicamente en los sindicatos, pero jamás pudo estructurar un partido político de real vida autónoma (esto vale para la "rama masculina" o sea lo que debió ser realmente el partido político peronista. En cuanto a la "rama femenina" obtuvo un grado mayor de existencia real, debido a otros factores que no cabe considerar aquí). El peronismo en el gobierno tuvo su espina dorsal organizativa en los sindicatos y en la burocracia estatal y política. Desde luego esto no debe tomarse en un sentido absoluto, ya que siempre existieron nutridos grupos políticos peronistas fuera de la actividad gremial, ni en un sentido peyorativo, ya que las debilidades en perfilar un partido estructurado con una existencia marcadamente autónoma nunca fueron obstáculo para montar una corriente política policlasista con amplio apoyo de masas. Lo que queremos subrayar en cambio es la contradicción específica entre la composición social del peronismo y su carácter de clase. En efecto, la base de masas (obrero) impedía que la cúspide (representante del contenido burgués) promoviera la organización política diferenciada de esa base, ya que de una u otra forma se habría constituido un partido obrero de masas (por su composición) lo que no hubiera dejado de facilitar procesos profundos que entrarían en contradicción con el contenido burgués. Por eso se prefirió mantener a la masa proletaria en los marcos sindicales y hacer actuar a los sindicatos en política, con lo que vacunaba de antemano con el trade-unionismo.

Estas afirmaciones generales podrán ser comprobadas a poco que nos

detengamos en la historia del Partido Laborista, luego la del Partido Unido de la Revolución Nacional y finalmente la del Partido Peronista propiamente dicho.

En tanto el peronismo expresó un frente de fracciones burguesas con amplia base obrera que tenía contradicciones con la rancia oligarquía terrateniente, se arraigó en las masas populares, en especial las obreras. En tanto las capas burguesas argentinas no podían avanzar fuera del régimen y se integraban o adaptaban al proceso de concentración y centralización monopolistas, el peronismo fue relegado y perdió la confianza de la oligarquía burguesa terrateniente recompuesta, pero al mismo tiempo se abrieron procesos interesantes en lo que podemos definir como el "peronismo en el llano".

Una vez más el oportunismo en el Partido Comunista dejó librados estos procesos a un grado máximo de espontaneidad en lo que a adquisición de conciencia de clase se refiere. De todas maneras el proletariado entabló combates importantes, al calor de los cuales surgieron formas de lucha como la ocupación de empresas.

La influencia de la revolución cubana, que merece un estudio particular, introdujo en las masas la comparación entre el camino reformista y el camino revolucionario. En este juego alcanzó más de una vez a dibujarse una "izquierda peronista", que por no romper decididamente con la otra cara -la que se insertaba en el régimen- siempre fue utilizada y finalmente destrozada por la derecha.

En el momento en que empezaba a declinar la Argentina del esquema liberal tradicional, la clase obrera se expresaba con un cierto grado de autonomía. La tentativa de reacondicionamiento burgués, con signo nacionalista, pero sin romper las raíces de la dependencia y la deformación estructural dio vida a un operativo de masas que disolvió y absorbió en su seno ese grado de autonomía, aunque al precio de incorporar a los mecanismos del sistema las organizaciones gremiales y una temática social. En la década de 1960 hay suficientes indicios de que todo el andamiaje, incluido el reacondicionamiento, se rescuebraja. Para apuntalar la estructura, o para derribarla, hacen falta nuevas fuerzas. Es cierto que estas nuevas fuerzas emplearán materiales legados por la historia, pero el proyecto debe ser nuevo. En este nuevo proyecto resulta decisivo el papel que desempeñará la clase obrera.

La maduración socioeconómica exige un papel protagónico del proletariado para garantizar cualquier proceso revolucionario. Esto implica un partido proletario fuerte actuando con una línea revolucionaria. En esta década se han acumulado elementos que pujan en este sentido. En política el viejo modelo peronista, nacionalista y reformista burgués ha ido retrocediendo, mientras asomaba con fuerza creciente el modelo vanderista, adaptación tradeunionista a las clases dominantes que subrayaba el lado "factor de poder" de las fuerzas sindicales. Esto im-

plificó para un sector considerable del proletariado industrial la aparición de la necesidad de un partido obrero como problema real. Mientras el Partido Comunista hacía crisis, ante el fracaso estrepitoso y reiterado de su política seguidista ante las capas burguesas. En ideología el paternalismo, el policlasismo, el socialpacifismo, sufren los embates del ejemplo socialista, del Che Guevara, de Viet-nam, del mayo francés, etc. Mayo y junio de 1969 vieron elevarse la columna mercurial de la lucha de clases hasta un punto que revela que algo profundo se está gestando.

La aparición del Partido Comunista Revolucionario significa el esfuerzo más serio y más consciente emprendido para que los factores objetivos y subjetivos acumulados se traduzcan en el acceso a la conciencia de clase proletaria de los mejores cuadros de nuestra clase obrera. Sin magnificar su peso actual, ni sembrar ilusiones sobre un imposible camino fácil, conviene decir que hay elementos importantes que obran en favor de su arraigo y desarrollo. Entre ellos se cuenta la disposición a basarse firmemente en los fundamentos revolucionarios de la teoría marxista y la comprensión de que el comunismo en su desarrollo nacional y mundial exige una labor creativa audaz para desentrañar hechos nuevos o viejas cosas insuficientemente explicadas. Por tanto la clave del éxito en constituir una real vanguardia proletaria a partir del PCR tal como es actualmente, estriba en asegurar una línea correcta de hegemonía proletaria en las condiciones argentinas concretas.

Para esto debe tenerse en cuenta que se trata de crear un nuevo bloque histórico de clases revolucionarias en un país con tradiciones populares, con tradiciones proletarias, pero sin una experiencia revolucionaria a mano, salvo que se retroceda hasta límites muy lejanos. Hay que esbozar el nuevo proyecto de la sociedad argentina con un enfoque proletario y perspectiva socialista. En este camino elaborar los instrumentos que quiebren tanto los elementos de consenso como los de violencia que articulan el Estado capitalista dependiente.

A la vez, como es obvio, en el tránsito hacia una conciencia revolucionaria del proletariado, influirán sobre capas obreras más o menos extensas, la política y la ideología de otras capas revolucionarias no proletarias. Es probable que en la actual etapa este hecho sea la principal dificultad que afronta la construcción de una línea autónoma de hegemonía proletaria. En efecto, el núcleo portador de la teoría socialista que intenta fusionarla con el movimiento obrero es inicialmente -como ya lo advertieron los clásicos del marxismo- de una composición debilmente proletaria. Esta en un terreno en que proliferan variantes inconsecuentes, o con otro eje de clase. Diferenciarse de ellas, manteniendo y desarrollando las alianzas y convertirse en vanguardia obrera. Esa es la tarea.

LA BURGUESIA NACIONAL Y LAS CAPAS MEDIAS

En el dispositivo de clases de la sociedad argentina, hace tiempo que la burguesía nacional ha entrado en una curva descendente. Conviene recordar que por burguesía nacional entendemos aquellos sectores que a) extraen plusvalía de mano de obra asalariada (o participan de esa extracción) mientras no aportan su fuerza de trabajo al proceso productivo (o lo que es lo mismo, cuando ese aporte no es significativo ante la masa de plusvalía extraída o compartida); b) no están ligados orgánicamente al capital monopolista.

La falta de una perspectiva propia, debida al desarrollo capitalista deperdiente, ha oscurecido la exteriorización política de estas capas burguesas, urbanas y rurales. La tragedia comienza lejos, con el intento revolucionario del '90, que terminó por estar hegemonizado por el ala más asimilada al régimen. A lo largo de décadas, los grupos burgueses nacionales se han limitado a forcejear, sin oponer una resistencia global y frontal a las clases dominantes. En algún momento, cuando el bloque de las clases dominantes permitía enfrentamientos internos, capas inferiores de la burguesía pudieron actuar con algo más de soltura, pero siempre con límites precisos que no pudieron salvar. El ascenso del radicalismo llevó a representantes de estas capas hasta los engranajes gubernamentales. En ese momento las capas burguesas eran esencialmente comerciales y rurales. De todas maneras la hegemonía la tuvieron, dentro del radicalismo, las capas superiores; además, las clases dominantes en su conjunto jamás perdieron el control real del poder. Ya hemos intentado una aproximación a lo que sucedió en el período inicial y de ascenso del peronismo. La burguesía nacional de nuestros días no podrá intentar una empresa política con mayor autonomía que la lograda con el radicalismo y el peronismo. Es predecible lo contrario.

En su tendencia hacia la subordinación o la desaparición como clase encontramos la explicación de nuestro pronóstico. Mas la tendencia no significa que el proceso ya esté concluido. El margen de subsistencia que todavía tiene la burguesía nacional como capa se expresa en política.

Una forma, si se quiere algo más "pura" de esa expresión son los grupos políticos provinciales o regionales, a veces con el perfil de partidos diferenciados, que defienden los intereses burgueses locales. La conexión con el mercado capitalista, en el marco estructural del capitalismo dependiente, establece límites precisos a estos grupos, que sólo adquieren estabilidad, por regla general, en la medida en que son hegemonizados por capas poderosas económicamente y adaptadas al esquema capitalista dependiente.

En un plano nacional, más general, la actividad política de los sectores de burguesía nacional se manifiesta sobre todo en las cámaras.

gremiales y en los "movimientos" políticos. Esto significa que actúan en un plano donde no se impone la formación de una estructura partidaria propia.

Lo dicho vale tanto para los sectores urbanos como para la burguesía rural, aunque es probable que los rasgos conservadores sean más marcados para esta última.

Lo que importa destacar es el papel que han asumido los grupos políticos que responden a la burguesía nacional (con toda la relatividad que tiene esta afirmación) en el tramado del consenso para las clases dominantes. En efecto, la a veces intensa actividad que despliegan sirve para nuclear sectores políticos que abarcan un numeroso abanico de capas medias y una porción del proletariado, La ilusión de un camino independiente termina siempre en un Frondizi o en un Aramburu.

La falta de perspectivas independientes y la conveniencia de neutralizar a esta capa para impedir que actúe a favor de las clases dominantes, exigen una política especial por parte del proletariado. En ningún momento se dejará ilusionar por poses o programas que levante la burguesía nacional, A la vez que construye -junto a sus capas aliadas- su propia alternativa de poder empleará la táctica de "marchar separados y golpear juntos" con las expresiones burguesas nacionales que transitoriamente enfrenten al poder. En esta práctica se encuentra el elemento que permite diferenciarse y desnudar la limitación de las perspectivas burguesas, ya que cada fuerza - la burguesa y la popular - actuarán con un objetivo y un método diferentes - el reformista y el revolucionario - cuya comparación será llevada al seno de las masas y servirá para la disputa por ganar estas masas.

En otro punto de la gama social están las capas medias. Estas tienen un peso considerable, tanto en la sociedad como en su superestructura política. (A los efectos de nuestro razonamiento, no haremos una distinción - que en otro trabajo más diferenciado se impondría - entre capas medias y capas sociales intermedias, o sea los intelectuales, estudiantes, etc.)

En la Argentina, dada la gravitación del proletariado, se marca especialmente el carácter dual de estos sectores. Por un lado tendencias revolucionarias, aspiraciones socialistas, ideología que cuestiona el orden social existente. Por el otro imposibilidad de encabezar ni siquiera transitoriamente el proceso revolucionario, temores y subjetividad ante las leyes objetivas del tránsito al socialismo, tendencia a colocarse "por encima" de las clases. Este segundo aspecto hace de estas capas presa más o menos fácil del pánico y facilita que una porción de ellas sea trabajada por la reacción. En este trabajo no tomaremos en cuenta a las capas medias en tanto un sector de ellas es ganado por el proletariado ni en tanto otro es absorbido por la derecha. Lo que nos interesa es su campo propio, específico, en la política.

argentina, aunque dicho campo tenga existencia fugaz, precaria.

En primera aproximación podemos decir que las fuerzas que impulsan los intereses de capas medias aparecen con la mayor frecuencia bajo la forma de alas radicalizadas en los grandes partidos políticos. Incluso algunos núcleos practican conscientemente el "entrismo" en su deseo de dirigir el proceso y en su imposibilidad de diferenciarse para hacerlo. Es notable aún en el peronismo— con su gran base obrera— el número importante de miembros de estas capas que han promovido tendencias de izquierda.

Las capas medias se volcaron al naciente radicalismo en 1890, dieron una demostración de su pujanza y de sus límites con la Reforma Universitaria de 1918. Mas la Revolución Cubana significó para ellas un jalón de calidad muy especial, por ser latinoamericana, por marchar al socialismo, por el papel que desempeñaron en ella los grupos de intelectualidad revolucionaria. El período 1960-1969 muestra una efervescencia particular. Con Frondizi en el gobierno estas capas sintieron que se cerraba realmente un ciclo. El papel del proletariado, el horizonte socialista, desbordaban los moldes en que hasta entonces se había movido su perspectiva. A partir de entonces la búsqueda de nuevos caminos se hace cada vez más afanosa.

En esa búsqueda surgen multitud de grupos que no logran estabilizarse y superar el fraccionamiento. Esta es otra de las características de las capas que analizamos: mientras no aparezca una presencia firme y autónoma del proletariado, su territorio particular es invadido permanentemente por la potencia política e ideológica de las clases dominantes, que asocian las variantes de capas medias a sus engranajes, o las trituran con esos mismos engranajes. De todos modos la fermentación no fue inútil. En ella volvieron a examinarse verdades aparentemente consolidadas y se planteó una nueva temática.

A la maduración de nuevos procesos en el seno de la clase obrera, al esfuerzo de las clases dominantes para estabilizar la concentración y centralización monopolistas, corresponde el crecimiento de una tendencia a elaborar una variante política en las capas medias. Ella intenta también romper con los viejos esquemas y aparecer con una propuesta original. Su mera existencia corrobora el hecho de que el conjunto de la superestructura política está en crisis y en proceso de recomposición. La dualidad propia de las capas medias se reproduce en la bifurcación de estas nuevas variantes políticas. Aparece lo que la prensa burguesa llama "nueva izquierda", con dos centros de atracción. Uno es la conciliación con la burguesía, bajo temática "nacional" y social-cristiana. Otro es la construcción de una alternativa revolucionaria que emplee explícitamente la violencia de los oprimidos para enfrentar al Estado de las clases dominantes. En consonancia hay un reavivamiento del tono político en estas capas, aunque todavía sea prematuro hacer otro deslinde que el de los contenidos político e ideológico.

EL FRENTE DE LIBERACION SOCIAL Y NACIONAL.

Para cerrar este trabajo, haremos una breve referencia a las perspectivas de construcción de un frente político. La posibilidad de participación de determinadas clases o capas sociales en el proceso revolucionario se define principalmente en el terreno de la superestructura política. Sabemos que no hay un paralelismo forzoso entre las clases y sus expresiones políticas. Pero, en la medida en que se decanta un ascenso revolucionario este paralelismo tiende a marcarse.

No es por azar que la aparición del PCR constituya (aunque su peso es aún pequeño) un elemento que reordena todo el panorama de la izquierda argentina. En la medida en que haya un arraigo mayor y estable en la clase obrera, no cabe duda que se dará una plataforma política para la formación de un nuevo bloque histórico de clases que destruya el actual Estado.

En la formación de este nuevo bloque histórico se notan indicios significativos, ya que va apareciendo la posibilidad de acción común de las fuerzas revolucionarias y su crecimiento. Mientras el signo de izquierda tenga una base social originada en capas medias, su inestabilidad y precariedad serán predominantes. En tanto la parte más avanzada del proletariado adquiera conciencia de clase, se podrán afianzar estas tendencias que ahora sólo detectamos por indicios. Esto no implica replegarse a un trabajo limitado al arraigo en la clase obrera, arraigo imposible de conseguir si no se abren perspectivas políticas más globales, que permitan aprovechar el conjunto de las fuerzas revolucionarias y proyectarlas hacia la construcción de una alternativa realmente revolucionaria.

NOTAS:

- (1) Al hablar de clases lo hacemos por simplificación; en realidad debiera decirse clases sociales, capas o fracciones de clase.
- (2) Lenin, Obras Completas, ed. Cartago, Buenos Aires, 1967, tomo 44, pag. 361 y 362.
- (3) Los chacareros, por ejemplo no nacieron de la descomposición de un campesinado de la gleba, inexistente en nuestra historia, sino que fueron literalmente importados por las clases dominantes y su evolución de clase estuvo siempre condicionada por el sistema imperante.
- (4) Vale la pena hacer algunas reflexiones sobre este asunto, que indudablemente exige un tratamiento más detallado. Desde el mentor del nacionalismo local, Carlos Ibarguren, pueden rastrearse las con-comitancias con las clases dominantes. La vaciedad social de la programación nacionalista no es una ausencia, sino la presencia de la estructura económico-social dominante, que se busca preservar asegurando modificaciones en la superestructura política.

LUCHA SINDICAL Y LUCHA REVOLUCIONARIA

CARLOS ECHAGÜE

1.- Las luchas antidictatoriales que conmovieron al país durante mayo y junio, principalmente el estallido cordobés del 29 de mayo, han mostrado en el centro a un proletariado combativo que, si bien no ha demolido la muralla que el reformismo durante años fue erigiendo para bloquear el camino hacia su emancipación social, sobrepasa y hace crujir el aparato sindical, enfrenta con su violencia a la violencia de las fuerzas represivas y no inscribe en sus banderas el retorno de Perón ni la vuelta a la "normalidad constitucional".

La apreciación lo más aproximada posible del estado de ánimo, del desarrollo de la conciencia de clase, de las nuevas formas de lucha y de organización, que se ponen de manifiesto principalmente en los grandes combates proletarios, es un elemento fundamental para confrontar y ajustar la política de los comunistas revolucionarios. Es vital para el partido descubrir las nuevas tendencias que se desarrollan en la clase obrera y apoyarse en ellas para elevarlas por medio de su acción política e ideológica a planos superiores de conciencia, en lucha contra las nuevas variantes del reformismo que también se adapta y asume nuevas modalidades, más radicalizadas en los momentos de ascenso de los combates de clase.

Las ideas que el nacionalismo burgués introdujo en la mayoría del proletariado ("del trabajo a casa y de casa al trabajo", depositar en los dirigentes el manejo político y esperar soluciones de "arriba"; las huelgas pasivas, la negociación y el "diálogo", confiando en la neutralidad del Estado, como método esencial para la obtención de mejoras o la defensa de conquistas) comienzan a ser cuestionadas, particularmente por las capas más jóvenes. La utilización de la violencia, el surgimiento de comisiones obreras al margen de las direcciones participacionistas, dialoguistas o reformistas, los paros masivos el 30 de mayo y el lro. de julio por encima de los Loholaberry, Cardozo, Coria, Vandor, son otros tantos ejemplos de este cuestionamiento. Las barricadas obreras del 29 de mayo en Córdoba revelaron a grandes sectores del proletariado la inmensidad de sus fuerzas y colocaron en el centro de la lucha política e ideológica, en el seno del movimiento obrero, los problemas estratégicos: la insurrección armada, la hegemonía del proletariado, el partido, la tendencia sindical clasista, el Frente de Liberación Social y Nacional.

El nivel alcanzado por las luchas de mayo y junio no es ajeno a toda la experiencia que desde 1956-57 ha vivido la clase obrera desarrollando huelgas generales y ocupaciones de fábricas limitada siempre

por la carencia de una vanguardia marxista-leninista; tampoco se agenció al influjo de la victoriosa guerra revolucionaria del pueblo vietnamita, de los combates proletarios y estudiantiles en los países capitalistas, a la presencia de Cuba Socialista, al ejemplo del Che Guevara. Aunque durante este período las clases dominantes lograron avanzar considerablemente en la conversión de la gran mayoría de las direcciones sindicales en instrumento de su dominio de clase y las cúspides dirigentes a su servicio pudieron canalizar y conducir las luchas por la vía muerta de la negociación con tal o cual fracción de las clases dominantes, en este lapso comenzó a abrirse una brecha entre las masas proletarias y el régimen.

Momentos de este proceso fueron la huelga general de enero de 1959 y la situación de ascenso de las masas y de crisis política en las clases dominantes, creada en marzo de 1962, que obligó a la maniobra del "giro a la izquierda de Perón. Aunque esta brecha pareció tender a cerrarse en los primeros meses de la dictadura de Onganía, se fue ensanchando en estos tres últimos años. El 29 de mayo en Córdoba puso al desnudo y agudizó esta situación, alarmando a todos los sectores de las clases dominantes cuya reconocida perspicacia política les permitió advertir de inmediato la vulnerabilidad de sus mecanismos de consenso.

En la base de la brecha abierta entre la clase obrera y el régimen está la mayor explotación capitalista: descenso de un 33 % de la parte correspondiente a los asalariados en la renta nacional en menos de 20 años, aumento sustancial de la plusvalía extraída a los trabajadores como consecuencia de la multiplicación del ritmo de producción y de la prolongación de hecho de la jornada de trabajo. En sectores fundamentales del proletariado industrial ello significa mayor esclavización al capitalista para cubrir el mínimo de necesidades que surgen del actual desarrollo social. Para los jóvenes, que en parte ingresan a la producción con un nivel cultural y técnico superior al de generaciones obreras anteriores por la misma exigencia del proceso de concentración monopolista, resulta mucho más violento el conflicto entre la mayor alienación que impone el sistema y las incalculables posibilidades que abre al hombre la revolución científico-técnica. Otros sectores importantes de la clase obrera no sólo sufren una mayor esclavización sino que padecen condiciones infrahumanas de alimentación, vivienda y sanidad: son los centenares de miles de trabajadores que pueblan las villas de emergencia, que sobreviven en Tucumán, en el norte santafecino, en la región mesopotámica o que se contratan en la Patagonia.

Las luchas de mayo y junio tuvieron como protagonista principal a contingentes del proletariado ubicado en las ramas más avanzadas y desarrolladas de la industria, pero también ocuparon los primeros puestos de combate destacamentos de los sectores más pobres y marginados de la clase obrera.

Un componente importante de la brecha abierta entre la clase obrera y el régimen, es su creciente descreimiento y rechazo de las instituciones tradicionales del orden burgués-terrateniente; las políticas burguesas tra-

dicionales, Perón incluido, se encuentran cada vez más separados del grueso de las masas proletarias.

El fenómeno más generalizado es el de la ruptura de una gran parte de las masas obreras con las cúspides sindicales al servicio de las clases explotadoras. En una parte de la clase obrera se abrió la búsqueda de nuevas formas de lucha para enfrentar la política de los monopolios y su dictadura militar. Para los sectores más avanzados del proletariado se fué haciendo más clara la caducidad de las variantes reformistas y la necesidad de una dirección comunista y revolucionaria.

Por eso la caracterización general de nuestra clase obrera como reformista simplifica la realidad, elimina su riqueza y su dinámica. Hay quienes simplifican el estado actual de la clase obrera para fundamentar concepciones procesistas según las cuales el trabajo de los militantes revolucionarios debe centrarse, esencialmente, en tareas de propaganda y de conquista a cuenta gotas de elementos proletarios para las ideas comunistas revolucionarias. Antes de mayo impugnaban la valoración de la existencia de un polvorín bajo los pies de la dictadura. Actualmente, tampoco perciben los cambios que se desarrollan en el proletariado y que exigen, más que antes, batir las ideas economistas y oportunistas que pesan aún fuertemente en nuestros militantes y dotar al conjunto del partido de una visión de poder que les permita dar una perspectiva revolucionaria a las luchas diarias del proletariado y elevarlo a dirigente de todos los sectores populares en su combate contra la dictadura.

En el artículo "Apuntes para un debate" (ver Nueva Hora Nro. 24) decíamos que se van introduciendo connotaciones revolucionarias en la conciencia del proletariado aunque sindesalojar, en lo esencial, las ideas predominantes nacional-reformistas. El "mayo cordobés" torna mucho más válida tal apreciación. Pero esto no disminuye ni hace más fácil la lucha de los comunistas revolucionarios por arraigarse en el proletariado.

Vuelve más fértil el terreno, pero eleva las exigencias en cuanto a la política del partido y su iniciativa audaz para disputar y conquistar la dirección de las masas como asimismo en cuanto a la profundidad de la lucha ideológica por introducir las ideas del socialismo revolucionario en aguda disputa con la corriente populista.-

2.- La lucha de la clase obrera y la historia de sus organizaciones son tan antiguas como el régimen capitalista. Desde las formas más elementales como las primeras asociaciones de caridad y solidaridad pasando por las agrupaciones para la lucha reivindicativa, los sindicatos, que se fueron convirtiendo en centros organizadores del conjunto de la clase, hasta la conformación del partido político del proletariado como resultado del surgimiento de la teoría marxista que transformó el socialismo en una ciencia y su fusión con el movimiento obrero.

El desarrollo de la lucha de clases entre los dos antagonistas princi-

pales de la sociedad capitalista y la aparición de la teoría de Marx y Engels, fueron delineando los niveles o campos de la lucha de clases, su interrelación y, por lo tanto, pusieron sobre el tapete el problema de las relaciones entre el movimiento espontáneo de la clase obrera y la conciencia, entre los instrumentos para el combate cotidiano contra el capital y el partido político del proletariado.

Desde la perspectiva revolucionaria, desde la concepción marxista, uno de los ejes del problema fue ubicándose en la relación: clase-sindicatos-partido-estado. Es decir, en el trazado de una estrategia que articulara acertadamente dichos elementos, en el cuadro del conjunto de la lucha de clases de cada época y cada país en función del objetivo de la destrucción violenta del aparato estatal burgués y la implantación de la dictadura del proletariado.

Sintetizando sus ideas al respecto, Marx logra incluir en 1872, el siguiente artículo en los Estatutos de la I Internacional: "En su lucha contra el poder unido de las clases poseedoras, el proletariado no puede actuar como clase más que constituyéndose él mismo en partido político distinto y opuesto a todos los antiguos partidos políticos creados por las clases poseedoras.

Esta constitución del proletariado en partido político es indispensable para asegurar el triunfo de la Revolución social y de su fin supremo: la abolición de las clases.

La coalición de las fuerzas de la clase obrera, lograda ya por la lucha económica, debe servirle asimismo de palanca en su lucha contra el Poder político de sus explotadores.

Presto que los señores de la tierra y del capital se sirven siempre de sus privilegios políticos para defender y perpetuar sus monopolios económicos y para sojuzgar al trabajo, la conquista del Poder político se ha convertido en el gran deber del proletariado". (Carlos Marx y Federico Engels- Obras Escogidas- Ed. Cartago- pags 260 y 261).

Es decir que Marx puntualiza:

- 1) la necesidad de la independencia de clase del proletariado forjando instrumentos propios para su lucha económica y política; 2) que su herramienta principal para la conquista del Poder es el partido político; 3) que los sindicatos ("la coalición de las fuerzas de la clase obrera, lograda ya por la lucha económica") deben servirle también de herramienta para su objetivo revolucionario. Claro que de esto se desprende la necesidad de que los sindicatos actúen con una orientación clasista y revolucionaria; 4) la supremacía de la lucha política sobre la lucha económica, puesto que la burguesía para perpetuar la explotación capitalista se vale del poder político y el proletariado para realizar su interés económico fundamental que es terminar con su condición de clase desposeída (de los medios de producción) y obligada a vender su fuerza de trabajo, debe conquistar el Poder político para realizar la revolución social que no sólo suprimirá las condiciones que hacen de la clase obrera la esclava de la

sociedad moderna sino que abolirá las clases en general, y la división de la sociedad en clases, en explotados y explotadores.

Marx desarrolla su análisis en "Salario, precio y ganancia", donde dice al respecto: "Creo haber demostrado que las luchas de la clase obrera por el nivel de los salarios son episodios inseparables de todo el sistema del salariado, que en el 99 % de los casos sus esfuerzos por elevar los salarios no son más que esfuerzos dirigidos a mantener en pie el valor dado del trabajo, y que la necesidad de forcejear con el capitalista acerca de su precio va unida a la situación del obrero, que le obliga a venderse a sí mismo como una mercancía. Si en sus conflictos diarios con el capital cediesen cobardemente, se desdificarían sin duda para emprender movimientos de mayor envergadura.

Al mismo tiempo, y aún prescindiendo por completo del esclavizamiento general que entraña el sistema del salariado, la clase obrera no debe exagerar a sus propios ojos el resultado final de estas luchas diarias. No debe olvidar que lucha contra los efectos, pero no contra las causas de estos efectos; que lo que hace es contener el movimiento descendente, pero no cambiar su dirección; que aplica paliativos, pero no cura la enfermedad. No debe, por tanto, entregarse a esta inevitable guerra de guerrillas, continuamente provocada por los abusos incesantes del capital o por las fluctuaciones del mercado. Debe comprender que el sistema actual, aún con todas las miserias que vuelca sobre ella, engendra simultáneamente las condiciones materiales y las formas sociales necesarias para la reconstrucción económica de la sociedad. En vez del lema conservador de "Un salario justo por una jornada de trabajo justa", deberá inscribir en su bandera esta consigna revolucionaria: "¡Abolición del sistema de trabajo asalariado!"

En este análisis Marx aporta elementos sustanciales de la dialéctica entre lucha económica y lucha política dentro de una concepción proletaria revolucionaria. Decimos revolucionaria pues las corrientes marxistas que degeneraron en reformistas no niegan la lucha política sino que la conciben como una conquista "gradual" de posiciones dentro del sistema burgués sin romperlo y no en función de resquebrajar y llegar a destruir el aparato estatal.

En síntesis; el Partido y los sindicatos- esquematizando, la organización política y la organización económica del proletariado- deben apuntar al mismo objetivo, el Poder, lo que requiere que el Partido tenga una estrategia sindical, como parte de su estrategia revolucionaria, sin que ello signifique borrar las diferencias entre el programa y los métodos específicos de la acción del Partido y de la acción sindical, rebajando o diluyendo el papel de vanguardia del Partido.

3.- Durante los primeros tiempos del movimiento obrero en los países capitalistas desarrollados de Occidente, la burguesía apeló centralmente a la represión de las luchas económicas de los trabajadores y al no reco-
(1) VER FE DE ERRATAS

El crecimiento de sus organizaciones reivindicativas. En nuestro país las clases dominantes también adoptaron idéntica política.

Pero el crecimiento de los sindicatos y la envergadura que fueron adquiriendo las huelgas y otras formas de lucha del proletariado obligaron a la burguesía a trazarse otra política.

Tuvo que ceder ante el empuje del movimiento obrero que le arrancó ciertas libertades (derecho de agremiación, derecho de huelga, sufragio universal) pero supo y pudo maniobrar de tal forma que estas concesiones parciales condicionaron el movimiento sindical a la legalidad burguesa. La burguesía fue fijando un área bien precisa para la acción sindical: la obtención de aumentos de salarios y otras mejoras, de manera que al mismo tiempo que se canalizaba el descontento y la necesidad de lucha de las masas proletarias se aseguraba que estas luchas no afectaran los intereses fundamentales de las clases explotadoras y pudieran ser absorbidas por el régimen. Es claro que muchas veces las luchas iban más allá de las reivindicaciones corrientes y amenazaban los privilegios de la burguesía; en estas ocasiones, aún en los países más "democráticos", la represión sangrienta pasaba y pasaba al primer plano. Tanto en Europa Occidental y América del Norte como en A. Latina, la burguesía pudo lograr, en lo esencial, que los sindicatos se mantuvieran en el área por ella fijada. Para ello se ha apoyado en la burocracia que fue creciendo en los sindicatos y que se fue convirtiendo en portavoz de las ideas burguesas dentro del movimiento obrero. Es más, en las últimas dos décadas, en la mayoría de los países mencionados, el aparato sindical central se va convirtiendo, de hecho, en una institución del régimen burgués, y en algunos de ellos, las direcciones sindicales se han transformado en una camarilla al servicio de la burguesía monopolista. Mas tales direcciones sindicales tienen una contradicción de fondo con las bases de los sindicatos. Por ello las hace tambalear el auge de las luchas obreras.

En su carácter de centros organizadores y de agrupamiento de las fuerzas del proletariado, los sindicatos pueden servir para la educación revolucionaria de la clase obrera o para adormecerla e ilusionarla con lo que puede obtenerse "pacíficamente" sin necesidad de arrebatar por la fuerza el poder a las clases explotadoras. Esta depende de la línea en que se inspira la acción sindical y de la estrategia en que se encuadra. Los sindicatos, espontáneamente, no pueden salirse de los marcos establecidos por la burguesía pues su terreno principal de confrontación con ella es el de las condiciones de venta de la fuerza de trabajo de los obreros y porque agrupar a la mayoría o al conjunto de la clase, que por sí sola, sin el concurso de la teoría del socialismo científico que se genera desde fuera de ella, no puede liberarse de las redes de la ideología burguesa. Es más, como apunta Lenin en *El izquierdismo...*, con el desarrollo del partido revolucionario del proletariado los sindicatos empezaron a manifestar, inevitablemente, por su carácter, ciertos rasgos de estrechez gremial, de apoliticismo y de rutinismo. Sólo con la orientación del partido marxista leninista, expresión de la conciencia revolucionaria del proletariado, los sindicatos pueden ser

tuar respondiendo a un plan estratégico global que vaya preparando las condiciones para la actuación revolucionaria del proletariado. En este caso la lucha reivindicativa es abordada con una perspectiva revolucionaria. Se moviliza a las masas proletarias no para presionar a la burguesía sino para enfrentarla y desgastar su aparato, coadyudando a crear las condiciones para poder lanzarse a su ruptura y al asalto del Poder. Al promover la lucha por las reivindicaciones económicas y políticas se desarrolla una educación de clase: explicando la verdadera naturaleza de la mejora perseguida, su carácter parcial que no elimina el sistema de explotación capitalista y combatiendo toda ilusión en posibles "mejoras" del capitalismo o en ⁽¹⁾ la suma de mejoras que podría transformar "pacíficamente" la condición de explotación del proletariado. Se encaran los combates diarios de los trabajadores, desarrollando formas de lucha y de organización aptas para ejercer el grado de violencia necesario para enfrentar la acción del aparato represivo y sobre todo en la perspectiva estratégica de ir elevando a la clase a la comprensión y a práctica de la forma superior de la lucha de clases, la lucha armada, que decidirá la suerte de la Revolución.

Los partidos de la II Internacional- entre ellos el PS Argentino- combinaron una política de "independencia absoluta" de los sindicatos concibiendo los como organizaciones para la lucha exclusivamente económica, con el cretinismo parlamentario, es decir con una lucha política reservada sólo al Partido y concebida exclusivamente en el terreno electoral. Por eso es diferente, por ejemplo, la experiencia de los sindicatos rusos en la época zarista. Allí la ilegalidad y la represión de las organizaciones sindicales fueron lo predominante como actitud de las clases dominantes y, a diferencia de Europa Occidental, los sindicatos se crearon, en lo fundamental, después y a iniciativa del Partido, pero una parte de los mismos actuó dentro de la estrategia revolucionaria, gracias a la lucha permanente en su seno de los bolcheviques contra los mencheviques por no desvincular la lucha económica de la política revolucionaria, es decir los sindicatos del Partido de vanguardia.

Los PP.CC. guiándose por esa línea leninista y batiendo tendencias sectarias combatieron durante largos años por d-tar de una orientación clasista y revolucionaria a los sindicatos (que en la década del 20 al 30 estaban, en su mayoría, en manos de los reformistas, de la social democracia) logrando avances notables. Durante ese período (1936-1942), en nuestro país los comunistas conquistaron la dirección de los sindicatos fundamentales de la industria. Pero ya entonces, la desviación oportunista a la que se sumó enseguida el revisionismo browderista adoptado y desarrollado por Córdova determinaron que las direcciones comunistas de tales sindicatos no los ubicaran en un área propia, proletaria: la línea política del Partido Comunista llevaba a la clase obrera tras las fracciones liberales, antifascistas, de la burguesía y de la oligarquía y a tener una actitud conciliadora con el imperialismo anglo-yanqui. Esta desviación permitió al peronismo conquistar al grueso de la clase obrera y facilitó la concreción de su plan de estructurar un movimiento sindical no clasista.

(1) VER FE DE ERRATAS

El reformismo que fue haciendo presa de las direcciones de los Partidos Comunistas de Europa Occidental y América Latina, determinó que el aparato sindical central de estos países (aún en aquellos en que los comunistas conservan su hegemonía) se haya convertido de hecho en una de las instituciones del sistema, como lo pusieron al desnudo las luchas de mayo de 1968 en Francia.

En síntesis, no es fatalmente su propia naturaleza la que ha llevado a la gran mayoría de los sindicatos a mantenerse dentro del área fijada por la burguesía, sino que esto es producto de la fractura de la relación Partido-sindicato por degeneración reformista del Partido

En nuestro país la conversión de la mayoría de las direcciones de los sindicatos en instrumentos del régimen se fue operando por la concurrencia de dos factores interrelacionados: el desarrollo de camarillas dirigentes al servicio de las clases explotadoras y una legislación que pretende vaciar su independencia de clase. Las cúspides sindicales se amparan en dicha legislación, en parte han presionado para obtenerla y la defienden tenazmente. El descuento de la cotización por parte de los patronos, instituido en la época peronista, que se complementa luego, al aparecer la ley de Asociaciones Profesionales, con el control estatal de los fondos sindicales, ponen directamente en manos de la burguesía la posibilidad de "cortar los viveros" en cualquier momento y dejar al sindicato sin medios. Los jerarcas son los más celosos defensores de los descuentos por la patronal pues esto les asegura, sin sobresaltos, sin tener que acudir constantemente a las bases para cobrar las cuotas sindicales, - abriendo así, aunque a un nivel muy rudimentario, un canal de control de las masas sobre la actividad de las direcciones- el flujo de grandes sumas cuyo manejo es una de las bases de sustentación del aparato sindical y de su peso en el juego político establecido por las clases dominantes. La Ley de Asociaciones Profesionales sanciona la intromisión estatal e impone normas que se pretenden asegurar el sometimiento de los sindicatos al régimen y para ello fija cláusulas que amparan a los jerarcas y les permite solicitar el apoyo directo del aparato estatal. No es extraño entonces, que las camarillas dirigentes sean los más entusiastas defensores de esta ley, que pretende institucionalizar un verdadero sindicalismo burgués en nuestro país. Su pivote es la negociación y el "diálogo" (actualmente establecidos como método "obligado" para los trabajadores por la ley de conciliación y arbitraje obligatorios). Cuando más, muy de tanto en tanto, una huelga pasiva (la que, por las dudas, puede ser declarada "ilegal" por el gobierno).

El objetivo perseguido es liquidar totalmente su carácter de instrumento de lucha del proletariado y convertir a los sindicatos en medios entre la masa obrera y la patronal y en potentes organizaciones que les capaces de brindar asistencia médica y otros servicios sociales. En consecuencia con este fenómeno las cúspides de los sindicatos más importantes ya no se reducen a jugar el papel de "representantes obreros de la

clase de los capitalistas", tampoco son agentes de la burguesía en su conjunto, sino de la burguesía monopolista. Participan de la pugna política entre las fracciones de las clases dominantes haciendo valer, en la medida en que pueden instrumentar a las bases obreras, el gran peso de los sindicatos en nuestro país, para negociar con alguna de las fracciones una parte en el reparto del botín, el reforzamiento de sus privilegios y una orientación económico-social que facilite su tarea de mantener sometidas a las masas proletarias a la dirección política y a la ideología burguesa.

Pero las luchas de mayo-junio han agudizado la crisis del reformismo. Se hace más patente el vacío de dirección. Las clases dominantes encuentran dificultades multiplicadas para hacer pasar a las bases obreras, a numerosos delegados y activistas, a comisiones internas combativas, por el aro del sindicalismo burgués que pretenden consolidar y perpetuar. Ello es una de las causas principales del plan de la dictadura de Onganía que combina la intervención lisa y llana de sindicatos con la vertebración "Por decreto" de una CGT totalmente integrada en el aparato estatal.

La falta de una vanguardia marxista leninista ha permitido que la burguesía haya difundido hasta cierto punto en el proletariado la idea de que las "normas legales" que rigen al desenvolvimiento de la vida sindical son algo "natural y lógico". Pero esto también comienza a quebrarse. En las luchas de mayo y junio, fundamentalmente en Córdoba, una parte del proletariado actuó en abierta ruptura con tales hábitos, haciendo crujir al aparato sindical.

Frente a ello, uno de los ejes de la política de los comunistas revolucionarios en el movimiento obrero debe ser impulsar la lucha de los trabajadores reivindicando su absoluta independencia frente a la legalidad impuesta por el régimen a la organización sindical, sin someterse a las normas fijadas por el estado de las clases dominantes, creando conciencia de una legalidad propia, proletaria, cuyos límites están dados sólo por la comprensión y participación de los sectores más combativos de la clase.

La conversión de la mayoría de las direcciones de los sindicatos argentinos en instrumentos del régimen es de una calidad diferente a la de los países en los cuales las direcciones están hegemónicas por los Partidos Comunistas reformistas. En éstos hay una subordinación de hecho a la burguesía, la actividad del Partido no es revolucionaria, queda dentro de los marcos del régimen lo que determina que la actividad sindical por él orientada se limite al área fijada por las normas democráticas burguesas. Pero no se trata de direcciones a sueldo, al servicio directo de las clases explotadoras, ni ligadas al aparato estatal. Por otra parte están mucho más condicionadas no sólo por el gran peso de tradiciones clasistas en las masas obreras, sino también por su invocación, aunque doctrinaria, al marxismo-leninismo.

En nuestro país, una mayoría de dirigentes de ideología nacionalista burguesa, apoyados en la penetración profunda de tales ideas en el grueso del proletariado, integrantes de los principales cuadros de dirección del

peronismo lograron la dirección de los sindicatos con el concurso directo del aparato estatal (1944-46). En la época peronista el aparato sindical no sólo era parte del régimen sino que constituía uno de sus soportes fundamentales y se integraba en el aparato estatal. Aunque el gobierno de Perón contaba con el apoyo de las masas fundamentales del proletariado, éste libró innumerables combates reivindicativos. Las más importantes huelgas de esos años se desarrollaron enfrentando a las cúspides dirigentes y fueron conducidas por organismos independientes de lucha forjados por los trabajadores, que provocaron serias crisis en el aparato sindical. En última instancia, tales situaciones fueron sorteadas por Perón haciendo concesiones a las masas, pero en el proceso se fue agudizando la contradicción entre la dirección burguesa y la base obrera del peronismo.

El golpe de estado gorila de 1955 provocó una ruptura política entre la mayor parte del aparato sindical que el peronismo pudo conservar en sus manos, y la conducción hegemónica en las clases dominantes. Pero éstas buscan recomponer la situación con los dirigentes peronistas a la vez que se valen de dirigentes reformistas tradicionales, ligados a los partidos liberal-burgueses.

Rubens San Sebastián, hombre clave de la gran burguesía en su política hacia los sindicatos, se ubicó desde entonces en el Ministerio de Trabajo. Con Frondizi y principalmente con el golpe de estado de Onganía, se perfila claramente que los monopolios se trazan como política fundamental completar la conversión de las direcciones de los sindicatos en instrumentos del régimen, insertándolas en el aparato estatal. Este es el contenido principal del "tiempo social".

Tal inserción no adopta las formas de España: tampoco puede reproducir las modalidades de la época peronista (en la que la CGT era prácticamente uno de los ministerios más importantes):

- 1) porque las masas obreras están en oposición al gobierno y existe una brecha entre ellas y el régimen.
- 2) porque hay una ruptura de una gran parte de las masas obreras con las cúspides sindicales.
- 3) porque la integración del aparato sindical en el aparato estatal está hoy condicionada por un complejo juego político en el propio seno de las clases dominantes (el Sector gorila se opone a la Ley de Asociaciones Profesionales y a la CGT única)

Los elementos que definen actualmente la inserción creciente del aparato sindical en el aparato estatal no se corporizan en leyes o en cargos oficiales en el gobierno. Están dados por la íntima vinculación entre los jefes y los organismos represivos del estado, por su estrecha relación con los altos mandos de las FF.AA., por los lazos íntimos de las cúspides sindicales con la burocracia oficial. Es claro que no nos referimos a la totalidad sino a las direcciones nacionales de los sindicatos industriales y de servicios más importantes (UOM, AOT, UOC, (1) Luz y Fuerza, Bancarios, Carne, etc.) Pero en ellos mismos, tanto algunas regionales del

(1) Ver las erratas.

interior como una cantidad de comisiones internas, tienen contradicciones profundas con las cúspides dirigentes sin hablar ya de la contradicción principal entre las bases obreras y los jefes.

En este cuadro, en un país como el nuestro en que la clase obrera constituye no sólo la clase dirigente de la Revolución, sino su protagonista principal, en que esta clase obrera tiene una historia de lucha y organización de 90 años, en que los sindicatos cuentan en sus filas con los sectores decisivos del proletariado industrial, (aunque se note una tendencia a la desafiliación y sobretodo a la no afiliación a los sindicatos en algunos sectores de la clase), en que la vanguardia marxista-leninista es aún débil e incipiente, es vital definir acertadamente la relación clase-sindicatos-Partido-estado, y en función y como parte de nuestra estrategia insurreccional de Poder, trazar una estrategia en el movimiento obrero, alrededor de la cual construir una línea sindical.

Hay quienes piensan que lo sindical es meramente táctico, que lo estratégico es llevar al proletariado a la Revolución. En este razonamiento simplista se les escapa que no pueden llevarse al proletariado a la Revolución sin tener, en este país, una política- o sea estrategia y táctica- sindical específica.

Lenin señala en "El izquiendismo...", que: "En países más adelantados que Rusia se ha hecho sentir, y debía indudablemente hacerse sentir con carácter mucho más acentuado que en el nuestro, cierto espíritu reaccionario de los sindicatos. Aquí los mencheviques hallaron (y en parte hallan todavía en un pequeñísimo número de sindicatos) apoyo entre los sindicatos, gracias precisamente, a esa estrechez corporativa, a ese egoísmo profesional y al oportunismo. Los mencheviques de Occidente se han "trincherado" mucho más solidamente en los sindicatos, ha surgido allí una capa mucho más fuerte que en nuestro país de "aristocracia obrera" profesional, mezquina, egoísta, desalmada, ávida, pequeño-burguesa, de espíritu imperialista, comprada y corrompida por el imperialismo. Esto es indiscutible. La lucha contra los Compers, contra los señores Jouhau x, Henderson, Verheim, Lergieu y Cia en Europa occidental es mucho más difícil que la lucha contra nuestros mencheviques, que representan un tipo social y político completamente homogéneo. Es preciso librar esta lucha implacablemente y continuarla de manera obligatoria, como hemos hecho nosotros, hasta poner en la picota y arrojar de los sindicatos a todos los jefes incorregibles del oportunismo y del socialchovinismo. Es imposible conquistar el poder político (y no debe intentarse tomar el poder político) mientras esta lucha no haya alcanzado cierto grado; este "cierto grado" no es idéntico en todos los países y en todas las condiciones, y sólo dirigentes políticos reflexivos, experimentados y competentes del proletariado pueden determinarlo con acierto en cada país" (Lenin, Obras Completas, Tomo 31 pag46).

Reproduzco esta larga cita pues considero válida la esencia del planteo aunque para nuestras condiciones debe adquirir otras formas.

O sea: 1) Que la política del Partido dentro de los sindicatos es par-

te de la estrategia de Poder.

2) Es necesario alcanzar un cierto grado en la lucha contra las cúspides sindicales al servicio de la burguesía, como una de las condiciones para el asalto al Poder.

En nuestro país, por todo lo analizado más arriba, la lucha contra tales camarillas (que es una parte inseparable de la lucha por conquistar al proletariado para la revolución) se desarrolla trabajando dentro de los sindicatos para que la tendencia clasista y revolucionaria, convirtiéndose en dirección de alternativa, quite al aparato sindical, a los jefes amparados en el aparato del Estado la dirección efectiva de las masas proletarias, ya sea dejándolos girando en el vacío, ya sea donde ello sea posible, batiéndolos de las organizaciones sindicales.

Esto se convierte en un componente importante del desgaste, de la desintegración política, del aparato estatal en todo el período preinsurreccional.

El eje de nuestra política debe consistir en desarrollar la tendencia clasista y revolucionaria, sobre la base de agrupaciones clandestinas por empresa, promoviendo la lucha económica y política por encima de las direcciones con organismos propios de los trabajadores y con formas de lucha que los vaya elevando a la comprensión práctica de la violencia armada, librando la batalla en todos los niveles de la estructura sindical (cuerpos de delegados, comisiones internas, asambleas generales, elecciones, etc.)

Se trata de una política que al tiempo que va arrancando al aparato la dirección de las masas, conduzca en las condiciones de una situación revolucionaria a la gestación de órganos de doble poder.

Debemos oponer la democracia proletaria en las organizaciones sindicales, comenzando por el nivel de empresa, al verticalismo, al fraude de los jefes, pero no ilusionando a los trabajadores con la consigna de la democratización de los sindicatos, sino cuestionando el sindicalismo burgués que se pretende institucionalizar y luchando por barrer a los dirigentes entregados, conciliadores o reformistas e imponer direcciones clasistas revolucionarias.

La enseñanza leninista de que cualquiera sean las condiciones los comunistas deben trabajar dentro de los sindicatos porque allí está la masa, conserva plena validez para nosotros. En este sentido es necesario combatir sin concesiones las tendencias supuestamente de izquierda que conciben el trabajo en la clase al margen de la existencia de la realidad viva de los sindicatos. Pero sería apartarse de la esencia misma del leninismo si se concibiera tal idea mecánicamente, como si la línea en todos sus detalles, fuera invariable e igual para todos los países y todos los tiempos.

(1) VEASE FE DE ERRATAS